

Terraza Marlowe

BRUNO ARPAIA

© Bruno Arpaia
Octubre 2015

Esta es una publicación de la Secretaría de Cultura de CDMX y
Para Leer en Libertad A.C., en el marco de la FIL ZÓCALO 2015.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Pasó todo tan rápido. En el escritorio, a un lado de un café algo sospechoso, encontré la hoja de la misión. El sargento Lo Vito había desaparecido; ni siquiera él había tenido el valor de comunicármelo en persona: me enviaban tras la pista de Michele De Rosa en una islita mexicana perdida donde, según la Interpol, el jefe de la camorra se había refugiado después de escaparse del manicomio judicial de Aversa. Una carga de nitroglicerina había hecho volar la tapia del edificio y De Rosa, evidentemente aprovechando alguna complicidad al interior del instituto, se había esfumado sin hacer demasiados daños. Un agente de custodia ligeramente herido y amén.

Cuando, algunos años antes, lo habían arrestado, en mis rumbos se había desatado una guerra entre clanes para tomar su lugar y controlar el territorio. Malos tiempos, hasta para mí. Poco después de haber regresado del servicio militar, saliendo de la casa de mis padres, en mi pueblo, había escuchado un par de helicópteros en

la cabeza, y me había topado con una bola negra de carabinieri rodeando un FIAT 128 rojo. Al interior, en una bolsa de plástico ensangrentada, estaba la cabeza cortada de un famoso psicólogo relacionado con el boss, un sinvergüenza que le había hecho muchas pericias complacientes para evitarle la cárcel. En la cajuela, INCAPRETTATO, encontraron también el cadáver. Menos mal que yo no había logrado verlos, esa cabeza y ese cuerpo... Pero ahora el señor De Rosa volvía a andar por la vida, más libre que yo. Y ahora, inexplicablemente, me tocaba a mí buscarlo. La salida estaba programada para el día siguiente en la mañana.

Recibí la noticia con naturalidad, casi como si fuera el corolario de un presagio. Sin embargo, no podía evitar preguntarme por qué era precisamente yo el predestinado. El jefe de la policía, el doctor Villa, me explicó que me habían escogido porque conocía los idiomas y porque había nacido en los alrededores de Abbiano, el pueblo del boss. No me parecían motivaciones plausibles: era más probable que los funcionarios de Interpol hubieran querido deshacerse de aquella lata, considerándola una pista demasiado débil, una inútil pérdida de tiempo. Y el jefe me la había soltada a mí, el apesta-do de la Jefatura de Policía de Nápoles. Naturalmente, subrayó el Jefe, haberme encomendado aquel encargo significaba una gran confianza hacia mí. Me tocaba estar a la altura de las expectativas.

«Para su carrera, comisario Malinconico [1], es una ocasión única», me aseguró.

Asentí. Al fin y al cabo, si hubiera protestado, habría sido como hablar en favor de las hogueras en un convenio de brujas. Así, aquella mañana de finales de 1987, me limité a agradecer con gran aplomo al jefe de la policía. Regresé en mi oficina e intenté ordenar mis ideas.

Cada mañana, cuando me acomodaba en aquel sillón de piel gastada y descolorida para ocuparme de pleitos de condominio y ladrones de gallinas, me sentía totalmente fuera de lugar. Tal vez no se crea, pero yo de joven nunca me hubiera imaginado que me hubiera convertido en un comisario de policía. Tenía otros proyectos, entonces. Eran los años 70, los de los movimientos, de la política. Apuntábamos alto. Sin embargo, después de la titulación, sólo existían muchos intentos y otras tantas derrotas.

Había intentado con la universidad, con el periodismo, pero en Nápoles, en los años 80, o eras hijo de alguien o ciertos trabajos podías olvidarlos. Para sobrevivir, había acabado haciendo el dactilógrafo en un estudio legal. Concurse por una de las cinco plazas como vice-comisario adjunto así, nomás para tranquilizar a mis padres y meter en paz mi conciencia, esperando más bien perderlo para luego poder quejarme de la maldad de la suerte que incumbía sobre mi vida. Y la vida se había vengado: obtuve una plaza.

¿Qué podía hacer? Resignarme. No tenía muchas otras alternativas, ni propiedades que rindieran. Así me había envuelto en la rutina de cada día como en una cobija, cuidando sobre todo de no llamar la atención, refu-

giándome constantemente detrás de un dique de indiferencia, detrás de un aburrimiento sutil insinuado entre cosa y cosa. Dicen que este cambio de perspectiva, esta especie de rendición ante el mundo, es un pasaje obligado de la juventud a la madurez. Pero no es cierto. Yo lo entendí después, mucho después, cuando llegué a los cincuenta años: en ese punto hubiese querido recuperar todo, chupar la vida que había dejado correr inútilmente mirándola desde lejos... Pero ya era demasiado tarde, el tren había pasado. En cambio, en aquella época, cuando todavía hubiera podido agarrarlo, hasta tenía la sensación que aquél no estar jamás hasta el fondo en ningún lugar, esa indiferencia que tenía, esa resignación a vivir como venía, escondía un núcleo de heroísmo y hasta de martirio. Así, me limitaba a mirar pasar el tren con una mueca de superioridad, sin subirme nunca.

Y sin embargo, la verdad es que no creo que me desagradara de verdad partir. Las partidas se parecen demasiado a las fugas, a los exilios, y yo en este campo era un especialista. Pero me molestaba no tener el tiempo de acostumbrarme a la idea, de despedirme, como hubiera querido, de lo que dejaba. La tarde pasó estudiando el expediente De Rosa, luego en extenuantes peregrinaciones por las oficinas, en el intento de despachar todas las prácticas para la partida: sellos, boletos, dinero, autorizaciones.

«Afortunado usted, comisario», sonrió maliciosamente el mariscal Valenti. «Se va a México con los recursos del contribuyente...»

No me pareció el caso de empezar a discutir. Me despedí de todos y me encaminé hacia casa de Lidia.

El día se iba acabando con la neblina usual, exasperado por un tráfico increíble, aferrado como una enorme enredadera a las calles estrechas y sin colores. En lugar de ir de inmediato donde Lidia, empecé a caminar al azar, mirando distraídamente los coches que bajaban por la Calle Toledo en una especie de desfile colectivo.

A la altura de la plaza Trieste y Trento, en lugar de girar a la derecha, continué hacia Santa Lucía y salí en la Calle Parténope. Era una tarde muy fría y clara como un cristal.

En el aire terso, barrido por una brisa lenta, las cosas parecían tener más realidad de lo normal, los colores parecían más vivos. Y me distraían de cualquier pensamiento. Debajo de Castel dell'Ovo, me senté arriba de un barco volcado, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo y cruzando las piernas para calentarme. Prendí un cigarro y miré fijamente ese mar casi invernal, el cerro de Posilipo esculpido en el cielo que de repente se estaba obscureciendo. El viento había arreciado y traía nubes negras de lluvia. Me gustó pensar que fuera aquel mismo viento que me empujaba hacia casa de Lidia, aunque supiera que tenía que enfrentar la enésima batalla: vivir juntos, el hijo que yo nunca había querido tener... No eran argumentos de los que hablaba con gusto. Al contrario, desde hace algunos años casi había impuesto evitar estos temas en nuestras conversaciones.

“Cosas de mujeres”, pensaba, devanándome los sesos alrededor de su mundo opresivo, prolijo, psicológicamente intrincado. Pero Lidia no estaba resignada: de vez en cuando volvía al ataque, tratando siempre de no demostrar cuánto le importaran esos dos deseos. Yo lo sabía y hacía como si nada. Pero entre nosotros había guerra: una larga, enervante teoría de batallas a golpes de alfiler.

Cuando Lidia me abrió la puerta me pareció hermosísima; todavía en la puerta de casa, deseé amarla como cuando la había conocido: un deseo piadoso, irrealizable y amargo, nacido ya cansado, derrotado ya antes de crecer. Me esforcé en ser alegre, en tranquilizarla: regresaría en una semana, diez días a lo mucho.

Fue inútil. Junto a cada bocado, tragábamos melancolía.

Al final, también tuve que encontrar la valentía de decirle que hubiera preferido dormir en mi casa: tenía que levantarme temprano, preparar las maletas.

Casi llegaba a la puerta, y ella todavía no levantaba la mirada.

«No te vayas», me dijo.

«¿Pero cómo hago?»

Entonces levantó la cabeza y me miró. Había algo en sus ojos que no era sólo tristeza, sino algo muy parecido a la rabia y al miedo.

«¿Sabes quién es la única persona que te interesa?»

Tuve la ingenuidad de mirar la foto que ella había sacado de su bolsa dejada en el mueblecito de la en-

trada. Me vi a mí mismo algunos años más joven, con la barba larga y sin las primeras canas que ya me habían salido. Debía haberla tomado en Grecia, o aquella vez que habíamos ido a Cerdeña. No supe contestar nada. Sin darnos cuenta habíamos empezado a dejarnos.

Cuando llegué a casa preparé las maletas y me metí inútilmente a la cama, rumiando cada posible eventualidad. No recuerdo ni siquiera cómo se hizo de día. Estaba ocupado en dar vueltas por todos los cuartos, en controlar que todo estuviera en orden. Por el contrario, en la mañana, cuando salí de mi casa, me sentía extrañamente calmado, como si no tuviera que partir de a de veras. Sólo cuando me metí en la Tangencial, superado el punto hasta el que había llegado mi previsión, logré juntar una que otra sugestión apagada, con un cansado sabor a *déjà vu*. Saqué de la bolsa el boleto y le di vueltas entre las manos, controlando meticulosamente los horarios de salida y de llegada. Fue el máximo de emotividad que me concedí, porque pasé el *check-in* y el control de pasaportes sin la usual agitación. Hice un último intento de llamar a Lidia, para mantener de pie una esperanza, una posibilidad, pero ya había salido para ir a trabajar. Entonces me fui a la salida 21.

En el inútil gentío del embarque me encontré cerca de dos españolas que regresaban a Madrid. Cuando entendí que no podían interesarme, que las perdería en el camino, dejé de esforzarme y me dejé transportar por la gente, por la sobrecarga demasiado amable que me indicaba mi asiento, por las exhortaciones en diferentes

idiomas de abrochar el cinturón de seguridad. En ciertos casos no hay nada mejor que liberarse de su propia voluntad; nuestro deseo más profundo es siempre entregar nuestro propio deseo a alguien más.

Desembarcamos en Madrid y luego en San José con el mismo paso de procesión, cansado pero también triunfal. Un poco de música sagrada hubiera sido lo ideal para acompañarnos en aquellas peregrinaciones entre pasillos, salas de espera y puertas de embarque. Y finalmente, después de horas y horas, la Ciudad de México: desde el avión apareció como una especie de inmensidad luminosa, geométrica, incandescente, que explotaba en los intersticios entre las nubes. Una inmensidad que no pude siquiera ver de cerca, porque en seguida salí hacia Cancún. Llegué en la tarde, cansadísimo y casi dormido. Pero tenía todavía que alquilar un coche y llegar a Punta Sam, a tiempo para el último ferry. En comparación, el vagabundear del judío errante me pareció pan comido, el equivalente de una vuelta a la manzana de casa.

Justo antes que me embarcara empezó a llover. La tormenta duró sólo algunos minutos, como es usual en el trópico, pero dejó como recuerdo un viento en ráfagas largas que encrespaba el mar y amorraba el ferry. Detrás de mí, arriba del horizonte, los bordes de las nubes más altas enrojecieron, mientras aquellas grises y bajas corrían rápidas hacia el noreste. Pronto, de Yucatán no quedó más que alguna luz encima de un hilo oscuro de tierra.

Llegué a la isla cuando ya había obscurecido. El viento doblaba las palmeras del malecón y hasta en el puerto los mástiles de los barcos estaban todos inclinados. La tormenta había pasado, ¿dónde estaban la calma y la quietud del Caribe? Retuve respetuosamente un par de blasfemias y di la vuelta al pueblo. La tercera vez que pasé frente al bar Margarita dejé el coche en un estacionamiento prohibido y escogí el hotel más caro y más deteriorado. Con aquel mal tiempo no tuve alternativa que meterme en el primer hoyo con aspecto decente.

Pedí con insistencia una habitación con vista al mar. Me la dieron, haciéndome pagar muchos pesos más que la tarifa normal. Pero no había previsto que el océano, cuando está agitado, produce un estruendo ni siquiera lejanamente comparable con el del Mediterráneo. En un primer momento, en el intento de consolarme, esperé aprovechar la noche insomne que me esperaba para coordinar mis ideas. Ni hablar: aquel continuo chapoteo impedía, a los pocos pensamientos que tenía, fluctuar vagamente en mi cabeza. Tampoco el agua de la regadera estaba suficientemente caliente, y por las ventanas que se cerraban mal se colaba un viento capaz de levantar en el aire las cortinas. Fue entonces que decidí blasfemar, pero sin demasiada satisfacción, porque el ruido de las olas cubrió mis palabras. Me resigné e intenté inútilmente dormirme.

Con los primeros anuncios del amanecer apagué la luz y salí, deseando un café con todas mis energías residuales. En el pueblo todo callaba; a esas horas ni

siquiera las panaderías estaban abiertas, admitiendo que hubiese alguna. Pero a esas alturas, como ya dije, me había resignado. De vez en cuando, con los ojos entreabiertos, hasta lograba sonreír.

El coche estaba ahí donde lo había dejado, ni siquiera me habían puesto una multa.

La suerte empezaba a girar de mi lado. De ahí a veinte minutos ya había dado la vuelta a la isla, un escupitajo alargado por una decena de kilómetros de norte a sur. Descubrí que no todas las islas del Caribe están cubiertas de espesa vegetación tropical, no todas tienen largas playas de arena finísima y blanca; hay algunas pobladas de arbustos chuecos, con alguna palmera pelona plantada en el malecón.

¿Qué diablos tenía que hacer Michele De Rosa en un lugar como éste? Yo pensaba en Grecia, Suiza, y me preguntaba por qué De Rosa debería fugarse a un lugar de semejante escualidez. Sin embargo, también el jefe estaba convencido de que se escondía por estos rumbos. Me habían enviado a México con la orden de no declararme ni siquiera a los colegas locales, no siempre sin manchas, al parecer. Salvo que con los de Interpol, tenía que recitar hasta el fondo el papel del turista pendejo. Y como turista me había disfrazado: llevaba un amplio panamá, una camisa a flores y unos pantaloncitos cortos. Y temblaba por el frío. Como toque final, tenía colgada del hombro una cámara japonesa y fingía ignorar por completo los idiomas, como cada buen italiano de vacaciones. ¿Quién hubiera podido sospechar algo?

A las nueve abrió el primer bar, y hubiera sido mejor si no lo hubiese hecho. El café era tan asqueroso que estuve a punto de tirárselo en la cara a la gorda detrás de la barra. Afortunadamente me acordé de mi delicada misión. Fui cortés, simpático, familiar. No sé en qué me equivoqué: lo cierto es que aquellos 120 kilos de grasa no tenían la menor intención de volverse nuestro agente en el Caribe. Tuve que sudar la gota gorda para sacarle la información de que en la isla vivían sólo un par de familias de italianos, dueños de restaurancitos en el puerto. Descubrí, al contrario, que por el momento era imposible hacer una llamada a Italia. Las líneas internacionales estarían fuera de servicio durante unos días. Culpa de la tormenta de la noche anterior. Salí. El viento seguía soplando sin piedad y las nubes amenazantes se estaban espesando costa afuera.

Si Michele De Rosa estaba escondido por allí tenía que agradecer sus compadres de Miami o a los jefes del Cartel de Monterrey. No me quedaba de otra que buscar la casa más kitsch de la isla, en típico estilo nuevo rico italo-americano, y probablemente encontraría a mi hombre. Tal vez era demasiado optimista, pero había vislumbrado una finca lejana del centro del pueblo, rodeada por un alto muro decorado con variopintos motivos floreales. Allá arriba, por encima del muro, encaramadas entre los fragmentos de vidrio y el alambre de púas, reían maliciosamente y saludaban pequeñas reproducciones en plástico polícromo de Blanca Nieves y los siete enanos. Una verdadera joya. Llegué ahí en diez minutos, empu-

jado no sé por qué intuición, y paré el coche del otro lado de la calle. De inmediato empezó a llover.

Es dura la vida del acechador. El aburrimiento se asoma incluso después de los primeros quince minutos de espera; después de una media hora en la que no ha pasado nada uno quisiera estar en cualquier lugar menos que ahí, y en cambio hay que quedarse. Además las ventanas, las dos que se veían de la calle, estaban abiertas. No era un indicio decisivo, pero era lo mejor que tenía a disposición.

A las dos entré en el bar de enfrente y pedí un café. Decidí que me tomaría temerariamente todo aquel calducho si el joven me hubiese dado alguna información útil. Al final me tomé sólo la mitad: la casa pertenecía a un gringo. Más que esto el muchacho no sabía, ni siquiera dejándole una generosísima propina. Fue entonces que tuve el golpe de genialidad. Enfundé mis *gafitas* y crucé la calle, toqué el timbre de la casa y esperé.

Recorriendo despacio el largo paseíto, vino a abrir un indígena: quiero decir uno del lugar, con rasgos de indio. Traté de explicarle a gestos que estaba persiguiendo, para tomarle una foto, a un ave rara que se había metido en su jardín. Agregué que venía de la Universidad de Perugia, ciudad que a sus oídos tenía que resultar exótica como lo sería en Italia Tallahassee, capital del estado de Florida. El indio, un poco trastornado por mi petición, hizo ademán de seguirlo y me dejó esperando en la entrada. Juzgando por el número y el grosor de los tapetes, o de la *boiserie* en las paredes,

uno habría podido pensar que estaba en un prostíbulo oriental trasplantado en una dacia rusa. Me refugié en los pocos centímetros libres y me dejé gotear en el piso durante unos minutos. Afuera, los truenos se hacían cada vez más cercanos y con ellos se avecinaba la tormenta verdadera. Aquella lluviecita que me había empapado en el breve tiempo necesario para recorrer cincuenta metros era sólo una esmirriada vanguardia del ejército en espera.

Me distrajo de mis meditaciones meteorológicas un hombre corpulento, en shorts de flores y guayabera apoyada sin gracia encima de un vientre prominentísimo, al que volví a contar la historia del pajarito y de la Universidad de Perugia.

«Ah, italiano», prorrumpió. «Mi nono de San Mango, vecino Avelino».

«Now destroyed... earthquake...», balbuceé yo, con cara apenada y abatida por el dolor. Después de todo, entre Campania y Basilicata, el terremoto de unos años atrás había dejado casi tres mil muertos.

Como respuesta el tío me soltó una palmada en el hombro y me llevó afuera, bajo la lluvia, indicándome con amplias sonrisas los árboles que rodeaban la casa. Como de pájaros ni sus luces, frente a las primeras señales de impaciencia sonreí, le di las gracias y me despedí. El problema era que, así vestido, el tío podía ser tanto un guarura mafioso como un rico hombre de negocios, a lo mejor de Tallahassee, capital del estado de Florida.

El instinto, o tal vez la desesperanza, me hizo propender hacia la segunda hipótesis.

Mientras regresaba al centro, de pronto paró de llover y unos débiles rayos de sol hicieron chispear las hojas de los raros árboles y el asfalto de la carretera que se me abría enfrente. Me metí en una especie de comedor a comer pescado frito en la plaza principal, ocupada en su mayor parte por un campo de basquetbol en el que diez jóvenes locales se agitaban corriendo de un lado al otro. Esperé inútilmente que pasara algo. Tenía muchas ganas de tomar el primer ferry y regresar a mi casa. Después de una hora *Los de allá* le ganaban 46 a 32 a *Los de acá*, a los que le iba yo.

Al día siguiente el viento había bajado un poco, pero el mar todavía agitado y grandes nubes negras al horizonte no prometían nada bueno. Con el ferry de las once llegaron también Mariano Valdéz y Armando Cuesta, dos buenos muchachos de la Interpol mexicana. Pasaron en frente de mí fingiendo no reconocermelos y se alojaron en mi mismo hotel. Empezaba a parecerme todo tan ridículo...

El "contacto" se dio más tarde, en el bar del hotel. Yo estaba tirado en un sofá bajo la palapa de palmera, harto del viento, del ruido del mar que no me dejaba ni un instante, cuando los dos vinieron a sentarse "por casualidad" cerca de mí. Venían vestidos de blanco, con poca barba y algún rasgo indio en el rostro: parecían dos policías mexicanos en misión.

«¿Italiano?», me preguntaron.

Asentí, exhibiendo una amplia, amplia sonrisa.

«Mucho gusto, Alberto Malinconico» dije.

En cinco minutos, hablando en voz muy alta para que todo el mundo nos escuchara, acabamos todos los lugares comunes sobre Italia y México. Ya lo dije: no soy un gran conversador. Sólo después, susurrando, Mariano me pidió noticias de De Rosa. Le conté de la finca, también le repetí la historia del pajarito y de la Universidad de Perugia. Pero Mariano no se inmutó, porque sabía dónde quedaba Perugia. Agregué que, por el momento, me encontraba en una especie de pausa de reflexión. El mexicano me echó la mirada más despierta que tenía en su repertorio.

«El señorito ya no sabe qué chingados hacer», le dijo a Armando. No eran exactamente mis palabras, pero hay que admitir que expresaban con buena aproximación la condición en la que me encontraba.

Los dos confabularon un rato, luego Armando se levantó, se despidió frunciendo la frente y desapareció en el viento. Uso esta expresión porque, justo cuando llegé a la puerta, el viento aumentó de intensidad, arrasando en veloces remolinos el polvo de la callecita. Fue un efecto cinematográfico que duró más de una hora, hasta que Armando regresó. Se sentó en silencio a un lado de nosotros y pidió una Cuba libre. Debía estar muy buena porque se tardó unos cuatro largos tragos antes de que se decidiera a volverse hacia nosotros y tomar la palabra. Claro, Armando tenía sus buenas razones para estar tan satisfecho: descubrió, sabe dios cómo, casi todo lo que había por saber. El gringo de la finca era en efecto un tipo poco recomendable, un mediano calibre de la mafia de Miami; en los días anteriores había tenido

tres o cuatro visitas, pero ahora parecía que se habían ido. Envidiosísimo, le pregunté cómo pensaban aclarar si entre las visitas también estaba De Rosa y si realmente se había ido. No me preocupé en disfrazar mi decepción: el pensamiento de tener que quedarme ahí en búsqueda del evanescente fugitivo me procuraba una molestia física parecida a la que produce un yeso que rechina en un pizarrón. Pero la Interpol, en la persona de Mariano Valdéz y Armando Cuesta, parecía segura de sí misma; me pareció, además, hasta desdeñosa, al punto de excluirme de cualquier participación en las decisiones operativas.

«No te preocupes, nos encargamos nosotros de todo», me dijo Mariano. Si también me hubiera golpeado amablemente el hombro con la mano, en serio me hubiera ofendido. Se fueron, citándome para la mañana siguiente.

Ya casi obscurecía. Los truenos resonaban entre las nubes, y por encima de ellas, el cielo viraba hacia el morado oscuro. Pasé el resto de la tarde esperando la lluvia, que llegó a las ocho, puntualísima. Mientras un pariente prójimo del diluvio universal inundaba las calles, me senté a una mesa del bar Margarita. Estaba curioso por saber qué habrían tramado aquellos dos. Pensé y volví a pensar, pero no se me ocurrió nada. Así, entre un agua mineral y otra, fraternicé con un lugareño y con una familia de Guanajuato de vacaciones. Finalmente, cuando ya había perdido toda esperanza, logré entablar una conversación con la francesita de enfrente. No estaba nada mal, con la justa cantidad de carne en los justos lugares; sólo el corte de cabello era demasiado corto.

Se llamaba Christine, venía de Nantes y quería ir al país de los tarahumaras. No pude confesarle que yo también había leído a Artaud: mi cotización hubiera subido mucho, pero el sentido del deber, la necesidad de disimular mi verdadera identidad, prevalecieron sobre los bajos instintos sexuales. Tal vez fue por esto que hacia la medianoche, la hora de Cenicienta, Christine se levantó y dijo que tenía que irse. Sólo entonces lo noté: usaba unas sandalias abiertas, gracias a las cuales la opinión pública podía fácilmente constatar el estado de descuido de sus uñas.

«*Au revoir*», susurró, copiando el tono de Catherine Deneuve. Se envolvió en su *key-way* amarillo y salió en la noche. Yo me tragué otra botella de agua mineral. Por primera vez después de tantos días, pensé seriamente en Lidia. En ese momento, considerando el huso horario, tenía que estar en la escuela. Tal vez a mi regreso nos dejaríamos definitivamente. Un nudo de tristeza me agarró el estómago. Me eché el último trago y regresé al hotel. Me tiré en la cama, tratando de fugar la melancolía. A pesar de los tapones de papel que me metí a fuerza en los oídos, la música del mar me acompañó durante toda la noche, continua y prorompente.

La mañana siguiente me asomé al balcón, mirando el mar lleno de espuma. Todavía estaba lloviendo, una lluvia gris y oblicua que apenaba el alma. Parecía que las olas del mundo entero se hubieran dado una cita en aquella orilla de playa, llegando de todos los océanos para abatirse en filas cerradas debajo de mi ventana, una tras otra, destrozándose rápidamente y sin gracia

en los raros escollos, para dar lugar al siguiente batiente, y así sucesivamente, sin fin. No había color en aquel panorama, sólo un hombre en pants azul que corría en la playita, en el aire empapado. Tuve por un instante la sensación que me observaba y regresé a mi habitación.

Me duché con agua casi tibia y bajé al *lobby*. No sabía si pensar en Lidia, en la francesita o en lo que estaban ideando los dos colegas de la Interpol. En la incertidumbre tuve miedo de que todos trataran de engañarme, de que Lidia, Christine, Armando y Mariano fueran sólo los engranajes de una mucho más tremenda conspiración que el mundo estaba tramando en contra mía. Hacerme la víctima, sobre todo temprano en la mañana, era otra de mis especialidades.

Ahogué todas las dudas en el habitualmente horrible café. Casi lo acababa cuando escuché un repiqueo en el vidrio de la ventana. Levanté la mirada y vi a Armando debajo de un viejo paraguas negro, medio roto, que me decía a señas que saliera. Me levanté lentamente y lo alcancé justo afuera de la palapa. De repente me había vuelto muy impaciente y él parecía disfrutarlo, gozando el hecho de no contestar mis preguntas y manteniéndome en los dedos de los pies. Me hizo subir al coche, abriendo la boca sólo para quejarse del mal tiempo.

«Hace años que no llovía así por acá».

«Debe ser porque yo estoy aquí», dije, convencido de estar bromeando. Pero él no pareció notar la ironía y me miró fijamente, asintiendo. A unos cien metros de la finca del jefe de Tallahassee, frente a una equívoca casa

de dos pisos con el enlucido completamente carcomido por el salitre, se pegó a la banquetta y bajó del auto.

«Ya llegamos», anunció.

La lluvia se había parado justo el tiempo necesario para recuperar el aliento, pero los arroyos seguían escurriendo. Hundí un zapato en un charco hondo unos veinte centímetros y miré desconsolado hacia Armando. Ya nada me hubiera hecho cambiar de idea sobre aquella isla: era una isla de mierda.

Fueron necesarios sólo pocos minutos para que me diera cuenta de todo. Seguí a Armando por la puerta de aquella especie de burdel y luego me atornillé junto a él por una estrecha escalera de caracol con los escalones inestables. Aguanté todo, menos aquel papel pintado de flores rojas y anaranjadas cubierto por un espeso estrato de grasa. Mariano nos esperaba en un cuarto en el piso de arriba, acostado en un sillón como si fuera el rey de aquel maravilloso territorio cuya capital estaba dislocada cerca de la ventana. Me sonrió complacido e indicó con los ojos hacia aquella dirección: cerca de la pared, recargada en la cortina ennegrecida por la misma grasa del piso inferior, había una mesita baja, adornada por un binocular de teatro y por una cámara fotográfica.

Tanto misterio para nada: nada más que una escuálida operación de vigilancia al estilo de los telefilms gringos. Los miré con una sonrisita de superioridad. En el momento mi orgullo se tranquilizó bastante por su falta de ideas; pero después, cuando pude reflexionar con más calma, me di cuenta que de esa forma habría-

mos perdido tiempo precioso. Si De Rosa había estado ahí y ya se había ido, con el paso de los días las posibilidades de encontrarlo se reducirían a nada. Pero ¿qué alternativa podía ofrecer a aquel largo trabajo de pequeños vigías?

Establecimos turnos de guardia. Yo, que después de todo era el de más alto rango, escogí el de la tarde. Había dado el cambio a Mariano y luego, a las diez, Armando tomaría mi lugar. Me hice acercar al pueblo y fui a dar una vuelta. Los paseos siempre me han ayudado a pensar, las mejores ideas siempre me han tomado por sorpresa, asaltándome mientras estoy distraído. Ya no llovía desde hace casi dos horas y el viento parecía a punto de bajar. Era agradable caminar en el aire cortante, aunque, desde que había llegado a la isla, el sol todavía no se había asomado a saludarme. Pasé varias veces por la plaza, luego me encaminé hacia el faro por un caminito estrecho que costaba el mar. Había mucha gente en la calle, pero ninguna agitación. Iban y venían con la forma calma y lenta de ocuparse de aquella latitud. Sólo un lejano punto amarillo que gesticulaba frenéticamente disonaba con tanta quietud. Era Christine; y parecía muy contenta de verme. Ahora ya no hubiera podido distraerme.

«Ya no me voy», anunció ella sonriente. Había decidido esperar a que el tiempo cambiara para meterse al mar. De todas formas, el país de los tarahumaras no se trasladaría de donde estaba.

«Uno nunca sabe».

Me miró fijamente, dudosa, luego, afortunadamente, sonrió y se encaminó hacia el bar. Ahora yo tenía

otro problema que resolver: ¿qué podía tomar a las once de la mañana de un día no tan caliente? Christine ordenó un Martini sin el menor titubeo y yo, para no mostrarme indeciso, me entregué al enemigo.

«Un café», silabeé al mesero.

«¿Espresso?» insistió el joven.

Tanto él como Christine tuvieron que notar el esperanzado brillo de mis ojos, porque se intercambiaron una mirada cómplice y casi sonrieron a mis espaldas. A pesar de todo, asentí con convicción y el mesero desapareció de la escena.

Nos miramos. Cayó un silencio leve, mientras nuestras sonrisitas se disolvieron en aquella expresión boba y absorta que tienen dos personas que no encuentran nada que decirse. Menos mal que el café llegó justo a tiempo.

Di un trago breve, de prueba.

«El espresso es aún peor que el americano», murmuré disgustado.

Hubo un nuevo silencio que ella intentó rellenar volteando la mirada hacia el horizonte que se alejaba cada vez más, hacia el mar todavía gris, hacia las gaviotas que se perseguían. Sentía que tenía que decir algo, pero cada vez que se me ocurría una frase se deshacía antes de que pudiera abrir la boca. Entonces, sin que ella me viera, pude observarla en serio por primera vez. Aparentemente era una persona que no daba señales de sí, con esa carita de muñeca, los ojos verdes y vagos. Sin embargo, su rostro era marcado; si lo interrogabas con paciencia, enseñaba todos los madrazos de la vida.

Cuando se volvió, sus ojos se clavaron en mí con una sonrisa en la que se podía encontrar de todo. “Esta chica debe tener un poco de alma”, pensé. Pagué la cuenta y nos encaminamos lentamente hacia el faro. El viento contrario le pegaba la ropa al cuerpo, precisando su perfil. Durante un instante fui un hombre totalmente a la merced de su sexo; luego, como siempre, retomé el control. Ella estaba contándome de algo que hubiera pasado dentro de unos días, una “convergencia armónica” o algo por el estilo. Parecía que se estuviese confesando, casi raptada por lo que iba diciendo.

«Por primera vez en 23,412 años, los nueve planetas se van a alinear en una configuración particular, el Gran Trino. En la Tierra, una enorme cantidad de energía convergerá en algunos puntos. Uno de estos es Teotihuacán, ¿sabes qué es?»

Todo lo que sabía de ello tenía que ver con gigantescas ruinas a unos cincuenta kilómetros de la Ciudad de México. Se lo dije y fue suficiente, porque ella asintió con convicción. Antes de ir al país de los tarahumaras, Christine pasaría por ahí: no podía perder una confluencia astronómica y astrológica tan excepcional.

Estas revelaciones me hicieron cambiar ligeramente de opinión sobre su alma. No obstante, le concedí el beneficio de la duda e hice una cita con ella para las diez y media, después del turno de guardia. De todas formas, no había razón para cambiar de opinión también sobre su cuerpo. La acompañé al centro en silencio.

A las dos en punto, esforzándome de no mirar hacia el abominable papel pintado, alcancé el lugar

de vigilancia en el burdel. El Interpol mexicana estaba presente en rangos compactos: después de haberme comunicado que no había ni la sombra de una novedad, Mariano apenas movió los bigotitos, agitó sonriendo la manita y se fue por la puerta. Al contrario, inesperadamente Armando se quedó para hacerme compañía, a pesar de mi insistencia en que se fuera. Él se acostó en la cama y yo me senté en la cofa, o sea en el sillón enfrente de la ventana. Me quedé ahí durante horas, hasta que pude ver el cielo que obscurecía en su implacable atardecer sin sol. La finca parecía tranquila y en la calle reinaba una calma perturbada apenas por el viento cada vez más débil.

Sólo alrededor de las nueve, en la confusa obscuridad de las afueras, me pareció vislumbrar a un hombre vestido de azul que entraba en la casa. En realidad, no estaba ni siquiera seguro de que hubiese entrado por esa verja. Parecía vestir un pants azul, como el tipo que había visto en la mañana correr en la playa. Pero de gente en pants azules, maratonistas amateurs, estaba llena la isla: no valía la pena pensar demasiado en él. Además ya eran casi las diez, en un rato más tenía que despertar Armando. Dormía tan bien que el mío pareció un trabajo de verdugo. Lo llamé tres veces antes de lograr que abriera los ojos. Luego esperé a que se refrescara un poco, le di las buenas noches y bajé a la calle.

Christine me estaba esperando enfrente de la iglesia, envuelta en unos jeans ceñidos que evidenciaban sus mejores cualidades. Le pregunté casi de inme-

diato si quería venir a checar cómo me había acomodado en el hotel. Supongo que mi sonrisa se hizo algo depravada, pero ella casi pareció disfrutarlo.

«¿Te gusto?», preguntó serena. Luego, antes de que nos besáramos, me agarró la mano y se la llevó al seno. “¿Así de gratis?”, pensé por un momento. Acto seguido la conduje al hotel cumpliendo una larga maniobra para evitar al portero. Aquella noche el mar se quedó inútilmente silencioso.

Cuando me desperté, ya eran las once pasadas. Mientras el sueño se deslizaba flácido entre las sábanas, figuras de contornos mal dibujados vagaban por la habitación, pegándose a los muros, adhiriéndose a las manchas de las paredes. Colgada a los labios, advertía la embarazosa presencia de una sonrisita triunfante, que me acompañó hasta el baño. Christine había dejado en la mesa un cariñoso papelito en el que, con estilo lapidario, me comunicaba que todo había sido muy lindo y que me buscaría. Fin del mensaje. Ahora me esperaba un día sin jugo ni sorpresas, parecía que las cosas interesantes ya hubieran pasado. Y además aquella cama deshecha, el olor femenino esparcido aquí y allá en la habitación, quitaban cada residuo de interés al largo acecho en el burdel al que, en un rato más, tenía que regresar otra vez.

Viéndome desde afuera, parecía contento, satisfecho; pero, dentro de mí, los sentimientos estaban en pie de guerra y me sitiaban por cualquier lado. Sentía la excitación de cada aventura que empieza, pero también

una desconcertante melancolía. Salí al balcón y respiré a fondo la brisa, siguiendo el ritmo de las olas. De repente, Pants Azules pasó corriendo y resoplando debajo de mi ventana, tan cerca que pude finalmente verlo a la cara. Aparentaba alrededor de 35 años; escasos cabellos, bigotes abundantes y ojos negrísimos, que se notaban hasta en la distancia. Corrió lejos dejando sus huellas en la arena mojada.

Volví a la habitación y me dejé caer en la cama, perdiendo un buen rato contemplando el ambiente circunstante, una de mis ocupaciones favoritas. Allí estaban las manchas de humedad en las paredes, los listeles de las ventanas desquiciados, la melancolía que poco a poco se transformaba en remordimiento: ligero, por el amor de Dios, pero suficiente como para hacerme bajar de prisa y tratar de llamar a Italia. La línea había sido restablecida, pero, como siempre, no encontré a Lidia. Ya estaba acostumbrado. El inspector De Nigris, al contrario, estaba en su lugar y recogió escrupulosamente mi sucinto informe. Por cada llamada, había esperado unos 20 minutos para tener la línea, así que sin siquiera tener tiempo de comer una torta, tomé el coche y me fui al lugar de vigilancia.

Encontré a Armando que caminaba de un lado a otro con andar napoleónico, los brazos entrelazados en la espalda y las cejas levantadas. Mariano, al contrario, sentado en la cama, se rascaba la frente con los últimos dos dedos de la mano: quería decir que estaba pensando. Y yo que me había imaginado una tarde aburridísima en el sillón, con el ojo fijo hacia un panorama inmó-

vil... Me había equivocado por completo. Un télex de la central de la Interpol nos comunicaba que De Rosa había sido señalado en Veracruz. Otras informaciones decían que llevaba días en la Ciudad de México. Las dos noticias no podían ser contemporáneamente verdaderas, pero había que controlarlas. Todos aquellos movimientos me dejaban perplejo. De Rosa se comportaba como un turista de vacaciones, como si no tuviera ninguna necesidad de esconderse en un lugar seguro y dejar que se calmaran las aguas. ¿Era posible que no temiera ni siguiera ser perseguido?

«¿Y la finca?», pregunté, indicando con los ojos en dirección de la ventana, «¿ya no la vigilamos?».

«Tenemos órdenes», dijo Mariano, levantándose de la cama. «Mañana en la mañana nosotros regresamos al DF y tú, en coche, te vas a Veracruz. Estos son los contactos.»

Me puso en la mano un papelito doblado varias veces en el cual estaban escritos dos nombres con relativos números de teléfono. El último, el tercero, era el número al que tenía que llamar para ponerme en comunicación con ellos periódicamente.

«Como puedes ver, todo está perfectamente organizado», dijo sonriente.

En primer lugar, lo admito, pensé que tenía que encontrar Christine y avisarle de mi partida. Pero, resuelto aquel problema, habría estado muy contento de abandonar aquella verde franja de paraíso caribeño donde los mexicanos solían pasar sus vacaciones.

«En fin, bien o mal, por fin nos vamos de esta isla de mierda», dije sonriendo.

Armando, que no tiene sentido del humor, se ofendió. Pensé que, si hubiera podido, hubiera agarrado el fierro que colgaba de su cinturón y me lo hubiera apuntado en la cara. Se limitó a emitir un par de murmullos y a mirarme fijo con severidad. Entendí que podía considerarme libre: ellos iban a quedarse ahí unas horas más, y luego se iban a ir en la noche. Nos despedimos dándonos golpes en los hombros y abrazándonos con el típico calor latino.

A pesar de que el papel pintado de la pared hubiera hecho lo posible por estropear mi estómago, una vez que salí del burdel pude comer algo y me fui a buscar a Christine. No estaba en el hotel, ni en la plaza o en el bar. Me tardé dos horas y necesité casi toda mi habilidad investigativa para encontrarla, un puntito amarillo encaramado encima de un cerro en el extremo sur de la isla. Estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, mirando fijamente frente a sí.

«Christine», llamé, pero ella no se inmutó. Acercándome, descubrí que tenía los ojos cerrados. Me senté a cierta distancia y me quedé en silencio religioso. No sé cuanto tiempo pasó, porque, a pesar de la belleza del atardecer, estuve a punto de dormirme. Finalmente Christine dio alguna señal de vida y me llamó con un gesto.

«¿Qué haces?», le pregunté.

«Eme te», fue su respuesta.

Asentí, pero tal vez mi cara tuvo que parecerle como una especie de punto interrogativo porque se sintió obligada a darme alguna explicación más.

«Meditación trascendental», dijo rápidamente. La luz estaba bajando y las sombras empezaban a confundirse con el terreno oscuro. En el cielo más terso que hubiera visto en ese lugar, se vislumbraba finalmente la luna. Había que apurarse. No quería arruinarle la meditación, pero tenía que comunicarle mis proyectos para el día siguiente. También tenía que encontrar, y ésta era la parte más difícil, razones plausibles para la inminente partida. Le hablé de un aburrimiento vago, de una inquietud que me impedía quedarme muchos días en el mismo lugar...

«¿Pero cómo? ¿Justo ahora que el tiempo es bonito y uno puede meterse al mar?»

La miré esforzándome en expresar la máxima desolación posible. A lo mejor lo logré, a lo mejor la meditación tenía una extraña influencia en su carácter: el hecho es que tuvo una reacción de las menos previsibles.

«Voy contigo», anunció.

Sonreí, y luego sonreí otra vez. Yo, como idiota, no estaba nada mal. Pero en ese momento no sabía si sería posible llevarla conmigo. Al final decidí seguir los bajos instintos e irme con ella. Si las cosas con De Rosa se hicieran difíciles, la descargaría en el camino.

«Tengo un hambre...», dije levantándome. El último cacho de luz se consumó y la noche nos resbaló encima.

La impaciencia de partir me había puesto en agitación toda la noche. Afortunadamente, no tuve que hacer un gran esfuerzo para convencer Christine que se agitara

junto a mí. En la mañana, sin embargo, ella parecía más fresca y descansada que yo. Yo, en aquellos tiempos, si no dormía por lo menos ocho horas, no iba a poder reconocer ni a mi madre. Y además, tal vez, empezaba a sentir los años que pasaban, aunque ahora, con los achaques que tengo, parece ridículo decirlo. De alguna manera yo intuía que, ahora sí, el tiempo había empezado a escavarme, que no podía ya permitirme cualquier cosa. No sé, tal vez ya me sentía como un sobreviviente de quién sabe qué guerra... Había rebasado ya la fase en la que, por puro hábito, repetía continuamente «Me estoy haciendo viejo...»

Visitamos las ruinas de Uxmal bajo un sol incllemente: bellísimas, pero me hicieron pedazos, entonces dejé que manejara Christine. Después de Campeche me puse a contemplar aquel mar turbio, para nada atractivo, lleno de reflejos oleosos. Yo sacaba la mano de la ventanilla y dejaba que el viento me la empujara hacia atrás. A cada rato algún palmeral me pasaba enfrente, justo para recordarme que estábamos en el Caribe, pero no lograba vencer la monotonía del paisaje. Me quedé dormido, y hubiera sido mejor no haberlo hecho.

Cuando volví a abrir los ojos estábamos pasando el cruce para Sabancuy. Averigüé en el mapa y me di cuenta de todo. En Champotón, no obstante mis recomendaciones, Christine se había equivocado de camino. En lugar de tomar el directo a Villahermosa, había continuado por la costa, por la vieja ruta a Ciudad del Carmen, mucho más larga y llena de tramos en ferry. Ya

no valía la pena regresar. Pasaríamos la noche en Ciudad del Carmen y luego saldríamos otra vez.

Estaba obscureciendo. El sol, bajísimo en el horizonte, llenaba el mar de reflejos rojizos. Para estirar las piernas nos paramos un rato en una larga playa punteada de palmeras. Las sombras de la tarde ya bajaban a velar la escena en la que caminábamos, buscando conchas para hacer tiempo. Hasta vimos una tortuguita recién nacida afanarse en la playa y apuntar hacia el mar. La levanté y se la mostré a Christine, luego la puse delicadamente en el agua. En unos instantes estaría a salvo, fuera del alcance de los predadores. Conmovidos, nos dimos un romántico beso en el escenario del sol que se iba a pique en el mar.

La noche, en esta latitud, llega de repente, después de un crepúsculo breve y feroz, que hace arder el cielo. En efecto ya era oscuro cuando volvimos al coche. En el silencio, se escuchaban de repente gritos lejanos, ruidos indescifrables y sonidos de claxon más desquiciados que los camiones a los que pertenecían. La carretera corría a lo largo de una delgada franja de tierra entre el mar y la Laguna de Términos, una franja tan estrecha que la cruzaban continuamente cangrejos grandes como platos; a menudo, pasmados por las luces de los coches, eran aplastados. Durante algunos kilómetros tuve que hacer un slalom para evitarlos, luego finalmente, como en una película de final feliz, vislumbramos a lo lejos las luces de Ciudad del Carmen.

La ciudad nos pareció de inmediato antipática, por su estado de avanzada decadencia, por sus faroli-

tas que fingían iluminar calles dispuestas al azar, según geometrías improbables. En el aire había vapor, humedad. Christine, analizando científicamente el fenómeno, comprobó un alto nivel de vibraciones eléctricas y energéticas, según ella responsables de la impalpable tensión que sentíamos encima. Exhaustos, nos metimos al primer hotel que encontramos y yo fui a inspeccionar la habitación, asomada a una alberca llena de agua estancada. Todo olía a moho, las sábanas, los clósets, hasta el agua salía con dificultad de la llave.

«Todo bien», anuncié, asomándome a la ventanilla. Ella bajó del coche y me miró a los ojos con expresión cómplice. Había entendido la situación, pero ella también estaba demasiado cansada como para ponerse a buscar otro hotel. O tal vez, quizá, yo había empezado a contagiarle mi heroísmo barato, mi inquebrantable y terca resignación.

Así de sucia y maloliente, la habitación no invitaba a pasar la tarde en el hotel. Nos concedimos justo el tiempo de una siesta y salimos a explorar la ciudad. Ya eran casi las ocho. Sólo la luz mortecina de las lámparas de la calle y las luces de los raros coches interrumpían la oscuridad. Las calles, completamente desiertas, parecían no llevar a ningún lado, sólo a otras calles mal iluminadas. ¿Qué más podíamos esperarnos de aquel tramo de mundo fuera de cualquier itinerario turístico?

Según Christine, llegamos al zócalo de pura casualidad; al contrario, mi versión de los hechos le atribuía el mérito a mi sentido de la orientación y a mi capa-

ciudad de descifrar indicios, los cuales todos convergían hacia un nudo de calles y casas, detrás de las cuales se abría la plaza. La vida de Ciudad del Carmen parecía concentrarse por completo debajo de los árboles de los jardincitos, donde cientos de personas platicaban y discutían en voz alta. También la luz se condensaba en un solo edificio decadente, centelleante a un lado de la plaza. En el sótano había tres o cuatro lugarcitos mal identificados, mientras en el piso de arriba se alineaban seis casitas de colores, seis restaurantitos con no más de tres o cuatro mesas cada uno. Hice acomodar a Christine y me fui a buscar un teléfono público para llamar a Mariano y Armando. Los quería poner al tanto del pequeño cambio de programa, pero nadie me contestaba en el número que me habían dado. Regresé a la mesa, más molesto que inquieto: con los teléfonos me estaba yendo decididamente mal.

Pedimos unos tacos y unos camarones, que nos sirvieron en la inevitable salsa picante. Yo tenía la garganta en llamas, pero Christine, estóica, seguía mojando sus tortillas en la salsa mientras hablaba, contando con una locuacidad que le desconocía, de una tía suya que pocos años antes había ido caminando de Biarritz a Santiago de Compostela en peregrinación. Al principio me refugié en la cerveza, pero luego, más o menos a la altura de Oviedo, cuando todavía faltaba mucho para Santiago, empecé a observar con disimulo a la gente desde lo alto de mi emplazamiento. El panorama humano no era de lo más tranquilizador: abundaban los vagos, los galanes nacos de camisa abierta y lentes oscuros a las nueve

de la noche; las pocas mujeres eran las que entraban y salían con sus clientes de unos cuartitos en el sótano. Hasta me pareció vislumbrar un tipo que se parecía muchísimo a Pants Azules, pero me di cuenta de que los tres tarros de cerveza habían empezado a surtir efecto. Además, la humedad de la tarde hacía sudar en grandes gotas y daba a las relaciones humanas que se desarrollaban bajo mis ojos un toque sórdido y pegajoso.

Ahora Christine me estaba contando su viaje a la India y el encuentro con no sé qué gurú de Benares, más bien, de Varanasi. Él había ido a visitarla al principio en un sueño, estableciendo un contacto telepático, astral o algo por el estilo, y le había dicho que lo alcanzara, dándole todas las indicaciones necesarias para que lo encontrara.

«¿Sabes que ha estado sepultado veinte años bajo tierra sin comer ni tomar?»

Levanté los hombros, incierto en si demostrarle hasta el fondo mi falta de interés por sus experiencias místicas, y volteé otra vez la mirada hacia la plaza, parándome debajo del anuncio de neón del edificio de enfrente. No era posible. Debía ser efecto de la cerveza o del astigmatismo que, con la distancia, me impedía ver bien las formas: aquel tipo en medio de un grupito de hombres no podía en absoluto ser De Rosa. ¿Pero, y si era él? Sin reflexionar demasiado, me lancé por las escaleras.

«Discúlpame un momento», le grité a Christine.

Mientras cruzaba el parquecito, un hombre que se parecía a Pants Azules me rebasó de golpe y corrió

hacia el grupo en el otro lado de la plaza. Cuando los alcanzó, me miraron fijamente todos durante un momento, luego se subieron a un Nissan que se fue rechinando. A pesar de que yo también estaba corriendo, no pude hacer otra cosa que verlos alejarse, logrando sólo leer un pedazo de su placa. Regresé a mi coche, siempre corriendo. En la entrada del callejón donde estaba estacionado, me alcanzó Christine, preocupadísima.

«¿Qué pasó? ¿Qué pasó?», seguía chillando. Le grité que no se preocupara, que se fuera, pero ella no se despegó de mis costillas. Aflojó sólo cuando vio a un hombre recargado en nuestro coche, resguardado en un estuche de sombra. Tal vez lo vio antes que yo, porque me lo encontré en frente de repente, alto, vestido de negro, casi calvo, con un anillo muy grueso en la mano izquierda.

«Eres un tipo demasiado testarudo», me dijo con una calma envidiable. «¿Por qué no te regresas tranquilo a Italia y le dices a tu jefe que no lo encuentre? No pierdes nada, al contrario... Tu deber ya lo hiciste y puedes aprovechar para disfrutar un poco a la francesita...»

Indicó con el mentón en dirección de Christine y guiñó el ojo, casi invitándome a voltearme. Pants Azules había hablado en italiano, pero Christine, aún sin entender ni una palabra, estaba igualmente aterrorizada. Cuando me volteé otra vez, el hombre había desaparecido. En la obscuridad, se había esfumado, quién sabe.

El coche, con las cuatro llantas cortadas, iba a quedarse ahí tranquilo por lo menos hasta la mañana;

ahora tenía que ocuparme de Christine, enmudecida por el espanto. Evidentemente, a los secuaces franceses de los gurús de la India no les pasan muy seguido cosas así. De hecho les pasan raramente también a los comisarios italianos. Regresamos al hotel en taxi; ahí le quité la ropa y la puse a dormir. Un acento de alarma se anidaba en el vago brillo de su mirada. Sólo cuando apagué la luz central le regresó la palabra.

«¿Quién eres?», preguntó con un susurro. Era una pregunta que estaba esperando; había tenido todo el tiempo de inventar una respuesta.

«Soy un periodista. Estoy siguiendo una pista», confesé. Y luego le pedí que no me preguntara más, prometiendo que le explicaría todo lo antes posible.

Estaba al mismo tiempo excitada y aterrorizada, incierta sobre inclinarse por una o por otra emoción. Al final decidió enojarse y se cubrió la cara con la sábana.

«Lo siento», murmuré, pero ella no dio señales de vida.

«Dije que lo siento», repetí.

«No es suficiente.»

Fue su única respuesta. La pronunció con voz blanda, como si ya durmiera. Me quedé mirándola fijamente, sintiéndome al mismo tiempo culpable y víctima. Apagué la luz del velador y esperé a que se durmiera. Luego salí para avisar a Mariano y Armando. Intenté varias veces desde el teléfono del *lobby*, pero seguía sin contestar el número que me habían dado. Una hora y media después, regresé a mi habitación y me metí a la cama a un lado de Christine, sin poder resistir la

tentación de buscar su mano. Afuera, las pocas estrellas guiñaban; en la carretera los tráilers sobresaltaban dirigiéndose al Norte.

El día acababa de empezar cuando me desperté, con la boca seca y el pelo alborotado de quien no durmió tranquilo. Se puede imaginar cómo me sentía, considerando mi escasa familiaridad con las amenazas del crimen internacional. Ni siquiera se trataba de miedo; más bien un sentimiento de inadecuación, la desagradable impresión de haber sido mandado al matadero sin la mínima preparación. Sobre todo una cosa, entre muchas, no me cuadraba: ¿cómo habían podido reconocerme? No sólo sabían quién era, sino que conocían todo sobre mí... ¿Cómo era posible?

Me levanté y fui a la ventana, llevado por una extraña necesidad de ver el cielo y las estrellas del amanecer arriba de la ciudad. Una neblina ligera llena de la humedad de la noche velaba el mísero panorama, colgada como una vaporosa cortina encima del agua estancada de la alberca. Regresé hacia la cama, donde Christine seguía dormida, moviendo imperceptiblemente los párpados. Tenía que evitar transmitirle mis preocupaciones, involucrarla ulteriormente en los problemas en los que me había metido. Tal vez, si la hubiera subido a un avión rumbo a la Ciudad de México, todo hubiera sido más sencillo.

Por otro lado, le había prometido acompañarla a Teotihuacán, a tiempo para el Gran Trivio, o como diablos se llamaba. Un gran desmadre, nada que decir; y yo era el director de todo eso.

Empezaron a entrar unos rayos de luz a la habitación, pero los muebles se veían todavía borrosos, casi tragados por la penumbra. Prendí el primer cigarro del día, preparado para soportar heroicamente el inevitable latigazo a los pulmones. Debía lograr pensar, por lo menos durante unos segundos: llegué rápidamente a la conclusión de que, si no lograba hablar con Mariano y Armando, no tendría suficientes elementos para tomar una decisión. Bajé al *lobby* y volví a intentar llamarlos: ocupado, ocupado, ninguna respuesta, otra vez ninguna respuesta.

Maldiciendo mis dos colegas, me fui al baño a lavarme. El aguaapestosa dispensada a gotitas por la llave no me dio ganas de grandes abluciones. Cuando levanté los ojos, vi en el espejo una cara torcida, preocupada, un rostro que hubiera podido encontrar en la calle y sentido lástima. Me sentí atrapado en la faz de alguien que hubiera sido feliz de no ser. Entonces, como siempre en los momentos de tristeza, pensé en Lidia. Afuera, en la calle, el cielo estaba sorprendentemente inmóvil. Desde la cama, con un brazo debajo de la almohada, Christine me preguntó la hora, quejándose porque la luz del baño y el ruido del agua la habían despertado. Ya había entendido desde hace rato que sería un día de mierda.

No sé durante cuanto tiempo nos quedamos parados en la débil sombra del techo de la gasolinera. Recuerdo que el sol pegaba fuerte y que sobre el asfalto blando nuestros pasos hacían un ruido viscoso. En la amplia explanada, las manchas de aceite y gasolina se evaporaban,

deformando el aire como un espejo curvo. Mejor tomar las cosas con calma, tuvo que decirse a sí mismo el dueño del taller mecánico; y tampoco el joven se estaba esforzando demasiado con nuestras llantas: trabajaba sin ganas, con la misma lentitud ritual con la que un obispo celebraría el *Te Deum*. Christine, siempre malhumorada, quedó a su lado como su monaguillo, y yo me fui a llamar a Mariano.

Ya que estaba en eso intenté también llamar a Lidia, con el resultado de siempre. A Mariano, al contrario, lo encontré a la primera. La noticia de mi probable encuentro con De Rosa no lo sorprendió mucho. Se limitó a murmurar alguna frase de aprobación, como si el hecho en sí no le interesara y como si ya supiera todo. Me pidió que me quedara en la zona hasta nuevo aviso y que hiciera algún control más; entonces me dio el número de su hombre en Ciudad del Carmen y se despidió con un «Cuidado...» lleno de sobreentendidos que no entendí.

Como ni esa vez había podido hablar con Lidia, me había transformado en un terreno perfecto para cultivar cualquier tipo de melancolía y desesperanza. Y la idea de tener que quedarme más en aquella basura de ciudad me dio el golpe de gracia. Tenía sólo una vía de escape: actuar. En cuanto el mecánico nos arregló las llantas, hice subir a Christine al coche y me fui de volada hacia el embarcadero, en un silencio de monja de clausura, con el semblante decidido de Steve McQueen. Fue un exitazo. Christine se acurrucó en el asiento, observándome con aire asustado, sin el coraje de respirar.

«Espérame aquí», le ordené antes de entrar en la taquilla, donde, enseñando unas cuantas tarjetas y una charola, no fue difícil establecer que el Nissan oscuro, con o sin De Rosa a bordo, se había embarcado en el primer ferry de la mañana. Había llegado el momento de seguir mi instinto, de escuchar sólo mi infalible intuición. Justo el tiempo de pasar al hotel a recoger las maletas y ya estábamos formados para embarcarnos hacia Zacatal, en la carretera hacia el norte. Algo me empujaba hacia la Ciudad de México, aunque antes tenía que llevar a Christine a Teotihuacán: esperaba que también De Rosa se dirigiera hacia la capital, y entonces yo hubiera tenido buenas posibilidades de alcanzarlo y encontrarlo. Me sentía confiado, casi contento. Me sentía tan bueno que en el ferry me acerqué a Christine y la besé un buen rato. Después de todo era gracias a ella que habíamos llegado a Ciudad del Carmen y encontrado a De Rosa.

Una vez del otro lado, recorrimos grandes zonas pantanosas, extensiones peladas llenas de charcas y aves. Del agua salían espectrales multitudes de árboles muertos. Christine, para nada desconcertada por el panorama, al contrario, tranquilizada por mi cariño en el ferry, empezó a hablar sin parar, enfrentando sin complejos una buena parte del conocimiento humano, mientras manejaba con una lentitud desesperante. Soporté por kilómetros, hasta que me dormí otra vez. Cuando levanté los ojos y miré afuera de la ventanilla, vi que el paisaje había cambiado del todo. Estábamos subiendo el altiplano del Valle de México: bosques de pinos y abetos cubrían las laderas de las montañas y

el aire era más fresco. Encima de la subida se abrió un inmenso altiplano interrumpido por conos volcánicos. Lejos, pero antes del horizonte, la tierra se acababa bruscamente y el cielo parecía hundirse en un hervir de nubes: las mismas nubes acostadas como algodón en las cumbres de las montañas; las mismas nubes que bajaron del cráter de la Malinche y nos envolvieron en una niebla tan espesa que durante algunos momentos dudé hasta de la existencia del mundo.

«Ahora es mejor que maneje yo», le dije a Christine. Y me adentré en la niebla como si estuviera bajando a explorar mi misma alma. Para saber dónde me encontraba, tendría que consultar un detallado mapa topográfico de la nada.

A los antiguos conquistadores, la ciudad les pareció tan majestuosa que la llamaron Teotihuacán, “el lugar donde los dioses fueron generados”. A nosotros, que la veíamos por primera vez bajo la luz de la luna llena agazapada entre las nubes, nos pareció hasta espectral. La Calzada de los Muertos, larga casi cinco kilómetros, el templo de Quetzalcóatl, las poderosas pirámides del Sol y de la Luna, el palacio Quetzalpapálotl, tal vez dispuestos en la llanura como en una representación del universo, parecían contener una sabiduría secreta y sagrada, tan antigua y perfecta que los dos o trescientos secuaces de la Convergencia Armónica llegados al lugar se quedaban en un silencio absoluto, con el rostro dirigido hacia un par de señores de largas barbas blancas sentados hieráticamente al tope de los escalones.

Para fraternizar, ofrecimos mezcal que habíamos comprado en el camino, a un grupito de franceses reunidos un poco al margen del resto de la comitiva. Algunos lo rechazaron con desdén, pero otros se sirvieron sin hacerse del rogar. Si no hubiera sido por ellos, ni nos hubiéramos enterado del gusanito en el fondo de la botella.

«Es el gusano», nos explicó un joven de pelo rizado. «Es parte del mezcal, sirve para darle sabor.»

Ya no podíamos echarnos para atrás. Bebimos en pequeños tragos torciendo los ojos para controlar que el gusano se quedara a distancia de nuestra boca. A pesar de todo, si uno no tenía gustos demasiado exquisitos, aquella especie de agua de fuego no estaba tan mal; y además sirvió para fugar el pánico que me estaba agrediendo, una sensación similar a aquella de quien está a punto de profanar un cementerio en una noche de luna llena.

De repente, como respondiendo a una señal que yo no entendí, el grupo se movió. Entramos en la Calzada de los Muertos a la altura del templo de Quetzalcóatl y procedimos lentamente. En filas de cinco o seis personas, avanzábamos hacia la pirámide de la Luna, que se vislumbraba a lo lejos como una enorme masa oscura, la más oscura del cielo lleno de nubes negras. Breves ráfagas de viento hacían temblar los arbustos secos, que crujían siniestros en el silencio. Agarré la mano de Christine y recorrí aquellos dos kilómetros observando las caras absortas de mis vecinos. Ya se me había pasado del todo la agitación y comenzaba

a sentirme incómodo en medio de aquella variedad de humanidad que caminaba como una tropa de japoneses de paseo turístico.

Cuando entramos en la gran plaza enfrente de la pirámide, la tropa empezó a realizar extraños movimientos. A mi izquierda tenía a Christine y a mi derecha me tocó una gringa nada mal. Llevado por el torbellino místico de aquella confluencia astronómica y astrológica excepcional, apreté también la mano de la joven gringa y seguí sus evoluciones. Al centro de la plaza, los dos hierofantes de barba blanca subieron en un pedestal y se quedaron inmóviles contemplando el cielo, mientras alrededor de ellos las grandes maniobras seguían sin parar.

«¿Qué estamos haciendo?», le pregunté a Christine.

«Nos disponemos en espiral.»

«¿En espiral?», insistí, con cierta sorpresa.

«La espiral representa al Tiempo», susurró irritada, como si fuera imposible no conocer aquellas nociones elementales. Me quedé pasmado, en espera de alguna explicación más.

«La espiral no tiene ni principio ni fin», agregó más benévola. «Somos nosotros los que le asignamos un límite a ambas extremidades. Idealmente, la espiral empieza en el Siempre y termina en el Nunca.»

Nada más y nada menos. No pude evitar sonreír y ella se irritó visiblemente.

«Eres un cabrón», susurró.

Luego se unió al monótono canto de los demás: una letanía con palabras incomprensibles que creció en

intensidad hasta explotar en un grito larguísimo y repetido. Fue entonces que empezó a llover. Sentí algunas gotas en mi cara y miré el cielo: estaba a punto de llegar un aguacero de los grandes. Tuve un ligero escalofrío de satisfacción, la misma catastrófica dicha que probé cuando, tras la muerte del maestro, nos habían dicho que no iríamos a la escuela. Me moví, como para irme, pero Christine me detuvo agarrándome el brazo.

«No rompas la cadena», ordenó con los labios apretados.

Me quedé unos minutos más, pero ya estaba harto de quedarme parado ahí, escuchando los gritos. Cuando se abrieron las cataratas, corrí a buscar resguardo en el edificio del museo. Advertí en la espalda el peso de 300 pares de ojos que me miraban fijamente con desprecio, mientras el grito se apagaba poco a poco a mis espaldas. Cuando logré refugiarme, estaba todo empapado. Todo inútil; y, además, seguro Christine se había empapado otra vez.

«Una gran experiencia, pero tú la arruinaste.»

Christine se volvió hacia la ventanilla y se puso ostentosamente a mirar el paisaje. Caía una llovizna sucia y tupida. Había nubes bajas deshilachadas en el fondo del valle, pero en el horizonte, debajo de las nubes, una ancha tira de cielo era clara y luminosa. El amanecer se levantaba con dificultad por encima de los pueblitos en las montañas con nombres impronunciables.

«No podías obligarme», borboté después de un largo silencio. A final de cuentas, si lo pensaba bien, es-

taban en juego problemas como la libertad religiosa y el derecho a la salud. Se lo dije, esbozando una sonrisa, pero ella me heló con una mirada breve e intensa, que me dolió. Me concentré en la carretera, mojada y llena de curvas. Durante mucho tiempo se escuchó sólo el zumbido del motor y el ruido rítmico del limpiaparabrisas. Sabía que no resistiría, que acabaría hablándome, pero, cuando lo hizo, me fijé en no darle demasiada atención.

Luego, finalmente, detrás de la enésima curva, apareció la Ciudad de México, enorme, como una sombra insidiosa a punto de tragarse todo el valle. Nunca había visto tantas casas juntas: villas, casitas, edificios y cuchitriles, viéndolas desde lejos, estaban todas cernidas por una franja de cielo más espesa, más gris, llena de smog, de polvillo, de neblina y de humedad. Casi sin darnos cuenta enfilamos hacia la avenida Insurgentes. Christine leyó en la guía que se trataba de una calle larga, más de 40 kilómetros, que atravesaba la ciudad de norte a sur. A medida que avanzábamos, las chozas de la periferia dejaban el lugar a las casitas y a los edificios mal parados de las zonas más cercanas al centro, mientras el tráfico se hacía cada vez más caótico y angustiante. Mis ojos lagrimaban y la garganta estaba irritada como si hubiera pasado un rallador por ella. Christine, en pleno raptó turístico, me confortó leyéndome otro pasaje de su infalible guía: de los 23 millones de habitantes, 100 mil morían cada año por enfermedades pulmonares directamente causadas por la contaminación atmosférica.

Farfullé un «órale» y seguí incrustándome en la avenida Insurgentes hasta que, a la altura del Paseo de la

Reforma, intenté dar vuelta a la izquierda. Lo logré sólo a la tercera vuelta de la glorieta, sudando frío para evitar los coches que se metían por doquier.

Afortunadamente, la zona de avenida Juárez parecía más tranquila y pudimos dedicarnos a la búsqueda de un hotel. Como Christine ya había seleccionado y localizado en el mapa los hoteles que aconsejaba la guía, me obligó a dar mil vueltas por callecitas de un solo sentido, que nos impedían siempre llegar adonde queríamos. Además, parecía que los hoteles habían desaparecido; luego entendimos por qué. El primero que logramos encontrar estaba medio derrumbado: el letrero colgando en la puerta y entre los desgarres de las ventanas se entreveía el cielo. Culpa del terremoto de un par de años antes, y de la reconstrucción que procedía con lentitud latina. Ya estaba harto. Orillé el coche a la banqueta y miré a mi alrededor: niños, muchachas, automóviles, vendedores de turrone y calzones, boleros, viejas indias, improbables hombres de negocios, autobuses a un paso de colapsar en el hormiguo de calles y callejones y edificios grises con puertas desvencijadas... Me metí en una pensioncita equívoca con tapetes podridos y paredes carcomidas por la humedad y reservé una habitación sin siquiera consultar a Christine.

«Qué mierda», dijo ella apenas se asomó a la puerta de la habitación. «¿Por qué no quisiste buscar más?», agregó con una punta de odio que le devolví por completo, sin el menor remordimiento.

Era un día húmedo, tiempo de tormenta, pero Christine quiso salir de inmediato, sin siquiera darme el

tiempo de respirar, para ir a ver el Zócalo y la Catedral. Con la colilla del cigarro golpeé varias veces el cenicero.

«Por lo menos compremos un paraguas.»

Por las calles del Centro, la gente caminaba rápidamente, un poco encorvada, como si llevara encima todo el peso del tiempo o como si no quisiera hacerse notar demasiado. Las calles estaban mojadas, las banquetas oscuras, los colores tan apagados que hasta los sonidos parecían silenciados por aquella grisura uniforme. Me paré de repente frente a una tiendita de chatarras, intrigado por una vitrina llena de cosas viejas, drapada con un desteñido terciopelo carmesí.

Christine, impaciente, me estaba esperando unos pasos adelante, con las manos en los bolsillos y el cuello hundido en la gabardina que le había prestado; la lluvia sutil ya le estaba mojando el pelo. Le ofrecí el paraguas y regresé frente a la tienda. No podía explicarme por qué me había atraído a tal punto de hacerme parar. La voz de Christine llamándome cundió fastidiosamente en la luz débil de la vitrina.

«¿Entonces? ¿Te mueves?»

Tal vez aquella vitrina no tenía nada que ver, había sido sólo un pretexto para interrumpir la conversación aburrida, banal y sin pausas; un lugar en el que encontrar refugio. Me agaché con la frente casi en el vidrio y observé con atención una secuela de macetas, decoradas por una orgía de curvas y dibujos más o menos geométricos. De soslayo, vi a Christine, ya enojada, darse la vuelta y encaminarse hacia el Zócalo.

«Puedes quedarte con el paraguas», le grité en italiano. «Y también con la gabardina.»

Que se fuera a la chingada, o al país de los tarahumaras. Y sola. Levanté la cara al cielo y me dejé mojar con un gran, patético, satisfecho suspiro, luego corrí al hotel para estar seguro que no encontraría a Christine y evitar inútiles explicaciones.

Ahora llovía a cántaros. Los coches desaceleraban en el asfalto inundado, salpicando agua sucia. Caminaba con la cabeza agachada, mirando la punta de mis zapatos, pensando en lo que había pasado. Claro, un poco lo sentía, como cada cosa irreversible, definitiva. En el fondo yo amo la discreción: también en la vida de la gente me gustaría entrar y salir de puntillas. Pero no me quedaban alternativas. En cuanto llegué al hotel, me sequé como pude y tomé mis cosas. Con gran magnanimidad, pagué la habitación para tres días más y huí.

Estaba solo, sin siquiera un mapa, en la ciudad más poblada del mundo. Confiaba en la suerte y en un letrero que había visto de pasada unas cuadras antes. De hecho, en la calle Independencia encontré una habitación nada menos que en el Hotel Marlowe. Para alguien como yo, ya el nombre era lo máximo; además tenía estacionamiento, un baño funcional y limpio, y una cama cómoda y grande como un zócalo miniatura. Hasta logré dormir un par de horas. Luego me duché con agua hirviendo y subí a cenar al octavo piso, en la terraza del. Terraza Marlowe, decía el letrero afuera de la puerta.

Ordené un filete a la pimienta verde y una botella de agua sin gas.

Ya casi no llovía. Desde atrás de las grandes vidrieras, el parque de la Alameda y la Escuela de Bellas Artes, toda iluminada, parecía que me sonreían. Sentí a De Rosa ya en mis manos. Hasta me había acostumbrado al aire contaminado y los ojos ya no me ardían. Más tarde, subí a admirar el panorama desde el piso 49 de la Torre Latinoamericana, que quedaba a no más de cien metros de mi hotel. Desde ahí arriba, la Ciudad de México se volvía incluso bella, toda luces pulsantes, calles, edificios, en una perspectiva que parecía reflejada por un juego de espejos, por kilómetros y kilómetros, en un horizonte impalpable.

Después de un día tan largo y difícil, me tiré en la cama exhausto, esperando dormir a fondo por lo menos diez horas. Pero me desperté varias veces con un sobresalto, como si descansara por capítulos. En la mañana, cuando la primera luz iluminó la ventana, la sensación de omnipotencia de la noche anterior ya había desaparecido, ya no me sentía tan seguro de mí: considerándolo todo, encontrar un hombre en una ciudad ajena, de 23 millones de habitantes, era una empresa desesperada.

Afuera, el sol ofuscado por la densa bruma iluminaba con dificultad las calles; entre el cielo y los edificios pasaban lentamente unas nubes negruzcas. Caminé por el centro, todavía no tan lleno de gente, pasando por calles y plazas siempre más movidas, recorridas por una infinidad de diablitos tambaleantes

que transportaban verduras y cajas de fruta. El aire sabía a gasolina, a chile, a piña, a acetileno y a mango. En cada esquina, los vendedores de pociones milagrosas lanzaban sus llamados. Cuando llegué a la oficina de la Interpol, un tétrico edificio de tres pisos en una de las callecitas de atrás del Zócalo, para enfilar el portón tuve que pasar debajo de un puesto de ropa interior y abrirme cancha a través de la gente que compraba y vendía, ocupando calle y banqueta. Fue un alivio ver al buen Mariano bajar a recogerme a la sala de espera y conducirme con él a su despacho. Me gratificó con grandes risas y enérgicos golpes en los hombros, preguntándome continuamente como estaba, aunque le dijera que bastante bien.

La oficina no era la gran cosa, además, una deshilvanada abundancia de objetos en los escritorios le confería la apariencia de un trastero. Sólo un viejo teléfono daba un apretado prestigio a toda aquella confusión.

«Aquí está todo en orden», anunció Mariano mientras corría una extremidad de la cortina para espiar fuera de la ventana. Ahora parecía ligeramente irritado, se veía que mi presencia ahí no lo convencía. Aún así esperó a que llegara Armando, que nos saludáramos con las amistosas y viriles efusiones, y sólo después, con prudencia, empezó a regañarme. ¿Qué diablos hacía yo en la Ciudad de México? ¿No se había decidido que tenía que contactar a su agente en Ciudad del Carmen o por lo menos hacer un control en Veracruz? ¿Por qué no me había manifestado en todos aquellos días?

Les expuse mis teorías sobre los movimientos de De Rosa, pero ni él ni Armando parecieron muy convencidos. En el fondo las mías no eran más que suposiciones, nada más. ¿Y el cacho de placa que había anotado? ¿Habían controlado si...? Sacudieron la cabeza: no había sido posible llegar al propietario del coche. Hicimos las paces frente al café del distribuidor automático, sin duda el peor de todos los que había bebido hasta entonces.

«Al hallazgo de De Rosa», brindé yo esperanzado.

«Salud», contestó Mariano.

«Salud», le hizo eco Armando.

Al final, me comunicaron que aquel día no trabajaríamos: antes que nada, tenía que ver la Ciudad de México. Me llevaron al Castillo de Chapultepec, al Museo de Antropología y después a la Zona Rosa, y a un centro comercial. Inútilmente me quejé de que estaba cansado, de que teníamos que ponernos a trabajar lo más pronto posible. Como respuesta me llevaron a cenar, a costa del contribuyente italiano, a un restaurante de lujo, y al final, después de varias “perlustraciones” en las zonas de putas y travestis, después de haber cruzado varias veces barrios de casitas estrechas e incoloras, colmenas, callejones, banquetas resquebrajadas y jardincitos pelones, regresamos al Zócalo ya muy noche.

La plaza estaba ya casi vacía, con unos pocos grupitos de huevones reunidos a distancia prudente de la patrulla de policía, parada cerca de la fuente. El aire iba refrescando, en el cielo gomoso y sucio decantaba una llovizna pegajosa. Llegaron los barrenderos a recoger papel y cáscaras de naranja esparcidas en el lodo, mien-

tras nosotros dábamos vueltas alrededor de la plaza, refugiándonos de las primeras gotas de agua debajo de los porches, hablando de fútbol, del Día de Muertos, de las mujeres mexicanas y de las italianas, del mar Caribe y del mar de Capri...

Aproveché un momento de silencio y murmuré por enésima vez que estaba cansado y que quería irme a dormir.

«¿Tan temprano?», preguntó Mariano fregándose el lóbulo de la oreja con el pulgar y el índice. Cuando me acompañaron al Hotel Marlowe, faltaba poquísimo al amanecer.

Durante tres o cuatro días trabajé en completa soledad. Encerrado en un cuchitril, consulté archivos, examiné miles de fotos buscando algunos de los tipos que había visto en compañía de De Rosa, hojeé informes, llamé repetidamente a Lo Vito para algún control cruzado, sin que Mariano y Armando me ofrecieran la más mínima ayuda, sino la de llevarme al cine un par de veces. También el inspector De Nigris, desde Italia, tuvo que darse cuenta de que las investigaciones no avanzaban de manera resolutiva porque me bombardeó con llamadas en las que me daba a entender que, en ausencia de novedades, mi estancia en el trópico se interrumpiría bruscamente. Probablemente, él me imaginaba tirado debajo de una palmera tomando el sol; pero en realidad afuera no lograba hacerse de día, el cielo era bajo, gris, hinchado de nubes que envolvían la luz.

Yo también hubiera querido regresar para saber algo de Lidia, que nunca me contestaba el teléfono, que

parecía desaparecida en la nada. Pero tenía que quedarme. De Rosa se me estaba metiendo en la cabeza como una carcoma. No hubiera soportado la inutilidad de tantos viajes y traslados, de tantos pequeños terremotos en mi vida privada. No tenía de otra: si no quería resignarme a la enésima derrota, tenía que quedarme. Y también tenía que hacer algo lo más pronto posible.

Cerré con un *plof* el volumen de papelajos que tenía enfrente, me levanté y salí de mi hueco bajo la escalera. Recorrí el largo pasillo entrecerrando los ojos, molesto por la luz de neón que parpadeaba. Cuando abrí la puerta de la oficina de Mariano y Armando, todavía con la mano en la manilla, me recargué en la jamba y anuncié: «Quiero hablar con el jefe».

Me miraron, se miraron y empezaron a reír. Yo estaba emputadísimo, sin las más mínimas ganas de hablar.

«Sé dónde está De Rosa», agregué decidido, con una falsa calma de la que no creía ser capaz. No sé por qué blofeé así, pero una vez pronunciada aquella frase no me quedaba otra opción que irme rápidamente, dejando mi mentira flotando en el aire, esperando que tuviera algún efecto. Di un portazo y volví a mi hotel. Para relajarme, subí a cenar a la Terraza Marlowe: sentía nostalgia de aquella estúpida seguridad de mi primera noche en la Ciudad de México.

El vidrio empezaba a empañarse. Detrás de una delgada capa de vapor observaba la Alameda y la Escuela de Bellas Artes, las farolas débiles, los paseantes, minús-

culos, que caminaban con aire de conspiradores debajo de la lluvia sutil. Me puse a dibujar en el vidrio con un dedo, esperando la carne que había pedido. Detrás de la pared de ladrillos, las puertas del elevador se abrieron con un soplo y salieron Mariano y Armando, sonrientes, acompañados por un tipo vestido de blanco, chaparro y macizo. Mientras los dos se acercaban a mi mesa, el tipo se quedó plantado un poco más atrás, como los policías de todo el mundo: piernas abiertas, cuerpo ligeramente doblado hacia atrás. Sólo que aquella posición resaltaba todavía más el vientre redondo que se le doblaba en el cinturón.

«El capitán Delgado», anunció Mariano.

Levantándome para darle la mano, me di cuenta de que mi saco, que no estaba planchado, parecía casi un trapo. Los invité a sentarse y luego me puse a explorar con la mirada las patas de las sillas, esperando que pasara algo. Los ojos del capitán me mantenían lejos, eran vigilantes y cautelosos sobre la cara mofletuda: tal vez esperaba que fuera yo el que hablara primero, pero la idea ni me tocaba de refilón. Hasta llamé al mesero para solicitar mi platillo. Al final, Delgado tuvo que empezara a hablar. Tengo que reconocer que llegó de inmediato al meollo.

«Está bien, sabes dónde está De Rosa», empezó. «No era tan difícil descubrirlo. Pero habrás entendido que de ahí no tenemos que moverlo.»

«¿Tenemos?» me pregunté. ¿Por qué no había dicho «podemos»? Me sobresalté, aunque intenté no hacerlo notar. Estaba sorprendido por el hecho que me hubieran creído tan fácilmente.

«Intuí algo», mentí otra vez, «pero no todo me queda claro.»

Por lo menos desde mi punto de vista, esa conversación no podía ser más vaga. Delgado resopló y levantó la mirada hacia Mariano y Armando, encrespando la boca en un extraño gesto. Se sirvió agua en mi vaso, tomó un trago y me miró fijamente.

«Este muchacho no llegará muy lejos», sentenció. Luego, mostrando una paciencia exagerada, condescendió a explicarme. «Tu paisano, el señor De Rosa, a cambio de la libertad, de un bonito pasaporte y una robusta protección, se decidió a hablar. Y cómo habla: ya tus colegas pueden acorralar un buen número de capos, y nosotros sabemos un montón de cosas sobre tráfico de droga entre México, Perú, Colombia, Estados Unidos y Europa, y también sobre las relaciones entre algunos caballeros de Miami y Chicago con unos, llamémoslos así, colegas suyos de tu tierra, napolitanos y sicilianos. Ahora el señor De Rosa está aquí como carnada para dos o tres tipos pesados, súper protegido por los italianos, los mexicanos y hasta por los gringos del FBI.»

Me había hablado con el mismo tono que normalmente se usa con los locos o los niños imbéciles. Ahora me escudriñaba tratando de entender qué efecto había tenido su explicación.

«Bien», murmuré deglutiendo. La falsa calma de hace un rato había desaparecido del todo y ya no lograba encontrarla otra vez. «Si es así», pregunté, «¿entonces yo que hago aquí?».

Sonrieron. Los tres. Con actitud muy benévola. No supe hacer nada mejor que desmarcarme yo también detrás de una sonrisa.

«Eres, ¿cómo decirlo?, un simple señuelo», aclaró definitivamente Mariano. «Eres parte de la farsa para los capos. Entiendes perfectamente que no podíamos decirte nada; al contrario, Armando y yo teníamos que cuidar que no hicieras tonterías. Imagínate qué hubiera pasado si hubieras arrestado a De Rosa... Cuando nos contaron que lo perseguiste en Ciudad del Carmen, temblamos. Menos mal que Torri es uno de los mejores policías italianos.»

Sentí la mente abrirse como un abanico.

«¿Torri? ¿Dijiste Torri? Sería aquel tipo tan simpático que me ponchó las cuatro llantas?»

«Veo que empiezas a entender.»

Delgado me dio un manotazo en la pierna y se levantó. El Gato y el Zorro lo siguieron inmediatamente, agitando las manitas para despedirse.

«Tal vez todavía tienes alguna posibilidad», dijo el capitán antes de presionar el botón de la planta baja. Las puertas del elevador se cerraron con el usual silbato. La carne se había enfriado y algo me decía que era tiempo de regresar a mi casa.

FALSA ALARMA

Cuando apagué la luz y cerré el libro, me quedé largo rato con los ojos abiertos en la obscuridad. Ya había pasado. Basta con los atascones de la Vigilia y Navidad. Basta con comidas y cenas de cuatro o cinco horas, mudándose en manada de una casa a otra. Basta con las escenas históricas de tía Rosetta porque no le salía la crema de la cassata o la masa de los struffoli. Basta de peleas a muerte con mi primo fascista y putero. Nunca más anguila, pruébala, está buenísima, que me daba asco y punto. Nada más de llantos, gritos y caprichos de los hijos de Sabrina. Libre del gentío de huevones dando vueltas por Toledo y el Chiatamone. Fin de la tortura de la tómbola. De la obsesión insulsa de los regalos. Y basta con el puntual llanto de medianoche de la tía Nunzia que se desesperaba todavía después de tantos años porque el tío Nino ya no estaba con nosotros.

Navidad, a la chingada. La odiaba a muerte. Pero ya había pasado. Finalmente podía olvidarme de todo por lo menos por otro año. Después de cinco días de vacaciones, no me pesaba demasiado tampoco la idea de regresar a «la jefatura de policía» a trabajar, tomar mi café en silencio con el sargento Lo Vito, sentado en el escritorio de enfrente, hasta soportar las miradas de suficiencia de los colegas. En fin, podía dormir como

un rey, pero una pesadilla a base de parientes y comida se presentó a molestar mi sueño. A las siete y diez, cuando sonó el despertador, traté de cualquier manera de volver a dormir. Nada que hacer, inútil. Ni siquiera había puesto un pie en el piso y ya mi humor se había arruinado. Todavía aturdido, a las siete y veinticinco me resigné al primer café tomado casi con los ojos cerrados, a la barba, la ducha, los calzones, la camisa y los pantalones. Sólo cuando estuve medianamente lúcido me fui a la ventana. El trocito de cielo que veía detrás de los naranjos y los manzanos en el jardín, detrás del último piso del edificio que me rodeaba, era color cobija militar, gris enfurtido. Pero aquel clima no me molestaba. No aquel día, por lo menos.

Me puse los zapatos, el abrigo, y salí. Bajando por la calle Nardones, el aire frío se me amasó en los dientes. Un par de semanas antes, a la mitad de diciembre, el otoño se había ido de Nápoles dando un portazo, dejándonos días de viento huracán y cielos sucios. El mar frente a la calle Caracciolo estaba como siempre encorvado y espumoso, debajo de nubes hinchadas del color del granito que se movían veloces hacia San Martino. Pero no parecía que quisiera llover.

«Buenos días, jefe... ¿Pasó buenas fiestas?»

«Lo Vito, mejor ni hablar...»

«¿Qué dice?, ¿va a llover?»

«¿Y cómo lo voy a saber? ¿Acaso soy meteorólogo? ¿Pero mi café dónde está?»

No digo que el sargento Lo Vito se haya puesto en posición de firme, pero casi. Y se lanzó en la cocinita del

piso, donde teníamos la cafetera. Regresó unos minutos después con su usual sonrisita pegada a la cara. Dejó una taza en mi escritorio y, con el otro café en la mano, cuidando que no se cayera ni una gota, se fue a sentar a su lugar. Bebía y se atusaba sus estúpidos bigotitos, pero se veía que no podía quedarse callado. Yo hojeaba el periódico. Igual, lo que me quería decir, antes o después, lo iba a soltar. Y de hecho.

«Doctor, ¿escuchó lo que dijo el comisario Sallustro?»

«No, no lo he escuchado. ¿Qué dijo?»

Un trago de café, una atusada a los bigotes. Yo, al contrario, la cabeza en el periódico.

«Dice Sallustro que el caso del joyero herido en el asalto a los Quattro Palazzi no se lo dieron a usted porque el jefe no le tiene confianza.»

«Tú deja que lo diga. Todo el mundo sabe que no es cierto.»

Lo Vito se levantó con la taza vacía en la mano, tomó también la mía e hizo como si fuera a salir. Pero poco antes de la puerta se paró de golpe.

«Eh no», dijo. «Usted tiene que reaccionar, comisario... No puede aguantar siempre. Quien se hace borrego, el lobo se lo come. Que luego la gente quién sabe qué piensa.»

«La gente puede pensar lo que quiera», le contesté. Y agregué, para que se acabara el asunto: «Como decía el Cabezón, el Mussolini ese que tanto te gusta, me vale madres.»

Salió, con las tacitas que le balbuceaban en los platitos, emputadísimo. O tal vez, más bien, desilusio-

nado, desanimado. En el fondo, mi sargento me quería. Cuando regresó, ni una palabra. La mirada fija en la página del periódico con las últimas declaraciones de Maradona desde Argentina.

«Entonces» dije: «¿Queremos empezar a trabajar esta mañana?».

Se levantó otra vez, siempre en silencio, siempre perezoso, y me depositó una pila de folders en el escritorio.

La gente ve películas gringas, y luego piensa que todos los policías pasan sus días cazando asesinos, haciendo persecuciones o a tragando pescado frente al mar. Ni de broma. A menudo estamos obligados a quedarnos ahí, en la oficina, a firmar informes y actas, a asustar al raterito cachado robando en un súper, a organizar los turnos de patrullaje. A mí, en aquellos tiempos, allá por el año 88, me pasaba con frecuencia. Así, también aquella mañana empecé a firmar. Alberto Malinconico Alberto Malinconico Alberto Malinconico... En tres años de policía, no había sido ni siquiera lo suficientemente listo para inventarme unas iniciales, un dibujito, así que después de diez minutos me dolía la muñeca.

«Uff», rezongué, abriendo y cerrando los dedos.

A las nueve y media anuncié que iba a bajar para comprar cigarros. Faltó poco para que me cruzara con Sallustro en el elevador. En la calle Medina, ahora, hacía un viento helado, pero había más luz: una luz de morgue que llovía del cielo, fría y grumosa, llena de impurezas. Y en aquella extraña luz, mientras salía de la tienda, me apareció la tía Nunzia, desgranada como en una vieja

foto. Caminaba hacia mí desde el Palacio del Correo, caminando rápido, gesticulando como si estuviera hablando sola, con la bolsa debajo del brazo y el abrigo abrochado hasta el cuello. Cuando se acercó un poco más, me pareció notar los ojos hinchados y rojos debajo de su sombrerito. Hace años y años no hacía otra cosa que llorar la tía Nunzia. Mi primer impulso fue intentar escaparme, dando una vuelta y metiéndome otra vez en la tienda de tabaco, para comprar unos chicles o un encendedor. Pero no pude. Fui hacia ella como un condenado que va subiendo al patíbulo.

«Tía, ¿qué haces aquí? ¿Qué te ha pasado?»

Lloraba, afirmativo. Y agitaba los brazos, maldiciendo su desgracia. Pensé que no debía haberle hecho esas dos preguntas, porque no era difícil entender yo solito qué era lo que había pasado: había ido a retirar su pensión y mientras arreglaba los papeles donde aparecía el nombre de su marido, había vuelto a pensar en el tío Nino. Pobrecita. Aquella muerte la había desbaratado totalmente. Y no se podía tampoco criticarla demasiado. Incluso yo no hacía otra cosa que pensar en ello, y hasta había formulado una idea al respecto. En los momentos libres, había leído y releído informes, repasando pensamientos ya pensados decenas de veces, mirado y vuelto a mirar aquel maldito retrato hablado, dado vueltas, golpeado la cabeza contra la pared, en la esperanza de que tarde o temprano cedería. Pero al final había quedado sólo una idea, una hipótesis que, cuando de repente tomaba forma en la cabeza, era peor que un puñal que se hundía en mi estómago. Por eso intentaba mantenerla

a distancia, rebajándola al rango de una de las muchas pendejadas que se me ocurrían a menudo.

Durante una media hora tuve que enfrentar las lágrimas en crecida de la tía Nunzia. Le ofrecí un té de manzanilla en el bar, intenté darle consuelo, le puse una mano en el hombro, pero sobre todo crucé mucho los dedos y me controlé repetidamente para no comerme las uñas. Luego, al final, logré meterla en un autobús repleto de gente y a regresar a la oficina.

«¿Acaso ahora los cigarros gringos los venden directamente en la fábrica, en Virginia?», preguntó Lo Vito sin levantar la cabeza de su papelerío.

«¿Acaso ahora los sargentos se permiten también controlar lo que hacen los comisarios?», contesté. Y me puse otra vez impertérrito a firmar.

* * *

Durante un par de días no pasó prácticamente nada: firmas, horas muertas, actas, informes, firmas, un encuentro en el pasillo con Sallustro, al que saludé como si nada, una reunión aburridísima sobre la nueva disposición de la Oficina de Denuncias, más actas, más informes, más firmas. Pude nada más organizar algo para el fin de año: una cenita con una docena de amigos en casa de Lorenzo y Anita. Pero, después de la medianoche, como Cenicienta, regresaría a la oficina para el turno de noche, que obviamente me habían asignado, el comisario más joven y menos confiable. Porque Sallustro, para ser justos, tenía razón: desde el jefe de la

policía para abajo, no es que yo fuera muy amado ni estimado. Por otra parte, mi pasado en la izquierda extraparlamentaria, por mucho que intentara no hablar nunca de ello ni de hacer demasiada gala de las pocas ideas políticas que me quedaban, hacía de mí una mosca blanca y no ayudaba a volverme más simpático. Es verdad que en aquellos tiempos la policía ya empezaba a cambiar, pero había un límite: para la mayoría de mis colegas yo era un marciano del que se tenía que desconfiar. Una especie de apestado. Y no era lo máximo en la vida. Yo intentaba no pensar demasiado en ello, tomar lo que me tocaba como el corolario ineluctable del hecho de que respiraba, sabiendo que antes o después las cosas iban a cambiar. Pero sabía también que, como decía Totò [3], “quien vive de esperanza, desesperado muere”. Entonces había que aprovechar cada oportunidad; había que chupar hasta el fondo la pulpa de la vida lo más posible y tirar sólo la cáscara.

Lo intentaba, aunque fuera difícil. Así que la mañana del 31 me esperaba un día tranquilo, en el que habría firmado informes y actas hasta las seis o las siete, para luego ir a pasarla bomba con Lorenzo y Anita. Ahí, probablemente, habría encontrado a Clelia, una chica de pelo negro y ojos espantosamente bellos y complicados, que había conocido unas semanas antes en casa de amigos. Digamos que no me desagradaba. Desde que se había acabado la historia con Lidia, me había retirado en mí mismo como la marea en Normandía, pero tal vez había llegado el momento de intentar ganar otra vez la playa.

En cuanto salí de mi casa, me dí cuenta de que la luz había cambiado. El aire era siempre frío, pero el viento debía haber hecho el milagro, barriendo las nubes, y ahora los edificios de la calle Nardones habían recuperado sus colores vivos mientras arriba, en el estrecho espacio entre uno y otro, se vislumbraba un cachito de cielo despejado. En la plaza Trieste y Trento la luz intensa inundó el Palacio Real, el San Carlo y el café Gambrinus, avanzando con rayos que parecían pinturas al óleo hacia la calle Toledo. El aire invernal era terso, deslumbrante, y el mar a lo lejos, lleno de velas silenciosas, era un tupido encandilamiento de chispas. Un gouache, que crucé respirando profundamente; la brisa helada que sabía a humedad, a gasolina, a invierno, a lejanía y a engaño. Porque toda aquella belleza, yo lo sabía, tenía que esconder a fuerza algo: un corazón negro, un cepo, una trampa. Una de aquéllas en las que era tan bueno en meter involuntariamente los pies.

Llegué a la oficina con cara de perro golpeado, esperando la inevitable pésima noticia que me acechaba. Lo Vito ya estaba trabajando: leía atentamente las páginas de deportes del periódico. Como todos, esperaba que aquel año el Nápoles ganara otra vez el campeonato.

«Buenos días. ¿Alguna novedad?»

«Buenos días, comisario. No, nada nuevo. Aparte de que el domingo no va a jugar Maradona... Todavía está en Argentina y dijo que va a regresar el martes. ¿Pero esto es en serio? ¿Usted piensa que, sólo por llamarse Diego Armando, él puede hacer todo lo que le dé la gana?»

Asentí lentamente, mientras colgaba mi abrigo al perchero. ¿Dónde estaba el truco? ¿Era posible que mi sexto sentido, o mi usual vena apocalíptica, me hubieran traicionado? Lo Vito fue a preparar el café y yo me senté desconfiado en mi escritorio, todavía sin convencerme de que no había molestias a la vista. Pero tuve que resignarme: después del café, el día se fue sin problemas. Nada de homicidios, asaltos y robos, ni en el súper de la calle Díaz, ninguna convocatoria con el jefe, ni misiones imprevistas en México o África del Sur. Afuera, el sol seguía brillando sin calentar el aire y el cielo era tan azul que lastimaba los ojos. En el vacío entre los dos edificios de enfrente, entreveía la enorme masa oscura del portaaviones Forrestal, siempre anclado en la bahía, y las grúas del puerto, brillantes en el aire nítido, que se movían como gigantes entumecidos, vibrando imperceptiblemente con el viento, recortadas sobre la península de Sorrento. ¿Era posible que todas aquellas maravillas fueran gratis? ¿Era posible que, por una vez en la vida, todo me fuera bien? Luego, después de la comida, la luz del cielo se hizo más lenta, y poco a poco más oscura y saturada, hasta que doró el vidrio de la ventana, hasta que cayó vencida, hasta que su lugar fue tomado por la luz de las farolas y de los letreros, que tiñeron la noche de un amarillo brumoso. Cerré el folder de las firmas con un plof, me levanté y me puse el abrigo, expuesto sin reparo a la sonrisita impávida de Lo Vito.

«Feliz año», le dije, «aunque a mí me toque empezararlo aquí... Dejo al centinela abajo un número de teléfono donde pueden encontrarme, en caso de necesidad. Y ahí te encargo que felicites también a tu esposa».

Antes de pasar por mi casa, compré dos botellas de champaña con doña Assunta, pero tuve que sudar la gota gorda para convencerla a que me las envolviera en una especie de paquete de regalo.

«Se hizo tarde, doctor... Tengo que ir a preparar la cena de Navidad... Lo hago sólo porque es usted...»

Me encaminé por la plaza del Municipio sintiéndome un privilegiado. Pero, a la altura de la Galería, empecé a advertir una angustia sutil que en la subida de la calle Nardones intenté paso a paso analizar. En el fondo no era difícil: Clelia. Torpe, yo siempre lo había sido; y después de Lidia me sentía aún más oxidado. Así que la idea de enfrentar otra vez a una mujer me incomodaba.

«A la chingada», pensé cruzando el jardín de mi edificio. No estaba nada contento de mí mismo, pero, llegado a esas alturas de mi vida, ya me había acostumbrado. Dejé las botellas en la mesita de la entrada y me dejé caer en la cama, pensando en Clelia, en lo que le iba a decir y en lo que me iba a poner para la noche. Después de un rato, como si alguien me hubiera mordido el culo, brinqué fuera de la cama y saqué del clóset una camisa azul, el único suéter de cachemira que tenía, un pantalón gris, además de las calcetas y los calzones oscuros como siempre. Antes de encuerrarme y de meterme a la regadera, puse en el tocadiscos Hejira de Joni Mitchell. Justo por escrúpulo revisé la fecha: era de 1976, cabía. Tal vez ya lo he dicho en otra parte, pero para mí la música se había acabado en 1978; la que había llegado después ya no me interesaba, era una tierra desconocida que no tenía ganas de explorar.

A todo volumen, entonces, *Maybe I've never really loved*, por una vez al diablo los vecinos, *I guess that is the truth*, mientras me enjabonaba cuidadosamente, *I've spent my whole life in clouds at icy altitude*, y de repente la música se volvió una fusilada, aquellas palabras dulces y desesperadas un nudo en el estomago, *And looking down on everything*, mientras cantaba yo también con los ojos cerrados, *I crashed into his arms*, con unas lágrimas confundidas entre las gotas, *Amelia, it was just a false alarm*. Me quedé en la regadera hasta que estuve seguro de que ya no lloraba. Tal vez tenía razón Joni Mitchell, tal vez la vida era sólo una falsa alarma. Y en particular la mía. Me vestí lentamente, tomé las botellas y salí. Con el cuello encajado en los hombros para defenderme del frío volví a subir por la calle Nardones y bajé por los Gradones de Chiaia. Aquí y allá explotaban cohetes y petardos. La vanguardia del ejército de los fuegos artificiales listo para atacar en el punto de la medianoche. Eran las ocho y media cuando toqué a la puerta de Lorenzo y Anita.

* * *

Era, obviamente, el primero. Anita estaba todavía circulando entre la cocina y la mesa para preparar, mientras Lorenzo la ayudaba sentado en el sillón con un aperitivo. Sabiendo que yo era casi abstemio, me pasó una Coca-Cola y me indicó el sillón para que me sentara junto a él.

«Pero quiero ayudarle a Anita...», dije.

Era una manera para vencer el azoramiento: hacer algo, ser útil para justificar mi presencia, que en el fondo consideraba siempre inoportuna. Así, mientras arreglaba las velas o los vasos en la mesa, llegaron poco a poco los demás invitados: Berardi, el colega de Lorenzo en el periódico *Il Mattino*, con Giulia, su nuevísima pareja; una pareja de periodistas amigos de ellos; Ersilia, una simpática profesora de arquitectura; un tipo alto y larguirucho que se presentó diciendo «Mucho gusto, Aurelio, artista contemporáneo»; un poeta dialectal con los ojos desorbitados; una amiga de Anita que se llamaba Anna. Y Clelia, obviamente. Conocía a seis de once. Para cualquiera, habría sido una excelente base de partida; para mi timidez, al contrario, era un problema. Además Clelia no me dio ninguna atención particular. Intensifiqué mi actividad en la cocina: mientras los demás comían tapas, ayudé Anita a pincelar con vinagre y aceite el pescado en el horno y cuidé la cocción de los espaguetis mientras ella se ocupaba de las almejas. Pero cuando nos sentamos en la mesa, me hice valiente y me metí a un lado de Clelia. Era toda piel morena, pelo negro, pómulos altos y ojos brillantes. Con una ropa que daba escalofrío y resaltaba lo bueno que tenía. En cuanto llegó la pasta con almejas cambió su postura en la silla, la pierna derecha encima de la izquierda, y yo tuve que esforzarme para no bajar la mirada. Le serví un poco de vino y le dije alguna banalidad sobre el punto de cocción de la pasta, pero su sonrisa fue prudente, simplemente cortés. Éramos cautos como dos extraños bloqueados en un elevador.

«Un brindis... Un excelente año a todos nosotros», dijo el artista contemporáneo.

«A todos nosotros y para que el Nápoles gane el campeonato» agregó el poeta dialectal.

Me serví una gota de vino, porque brindar con el agua es de mala suerte, pero furtivamente vi los ojos negros de Clelia oscurecerse y volverse fijos.

«¿En qué piensas?», pregunté en voz baja mientras los demás levantaban sus copas y se gritaban felicidades.

Apenas sacudió la cabeza, como si sus pensamientos no valieran nada. Hacía falta más vino. Me serví también a mí. Necesitaba una ayuda, y era la primera vez en mi vida que la buscaba en el alcohol.

Funcionó. A la tercera copa y después del pescado al horno, ella había recuperado su sonrisa, siempre menos cauta, siempre menos prudente, y ahora los ojos negros tenían una mirada calma y profunda como un lago, mientras a mí me parecía haberme vuelto el hombre más inteligente, culto, complejo y simpático de la Tierra. Alrededor de nosotros, los demás no existían mientras citaba a Baudrillard y Totò, mientras me acordaba de películas, libros, episodios de crónica que se adaptaban perfectamente a lo que estábamos diciendo, pero de los cuales no recordaba haber hablado nunca con nadie antes de entonces. Ella me miraba fijamente como si mi punto de vista fuera siempre original y perturbador, admirando mi capacidad de burlarme de mí mismo. En fin, un exitazo. O por lo menos así me pareció en los vapores del vino, hasta que llegó la llamada. Estábamos en los postres y los licores, faltaba todavía una hora para

la medianoche, cuando Lorenzo me tocó ligeramente un hombro, distrayéndome de los senos de Clelia, para decirme que me querían al teléfono.

Me levanté y me fui a su estudio bajando la cabeza. Ya había entendido que era un pedo, el problema, la trampa que estaba esperando desde la mañana. Mi sexto sentido no podía mentir. Y de hecho Di Nolfo, el centinela, me comunicó que tenía que regresar de inmediato a la oficina: había que interrogar con urgencia a un detenido al que se le iban a vencer los términos, para que el juez pudiera validar el arresto.

«¿Pero no hay nadie más que...?», empecé a decir. «Comisario, para empezar no hay nadie más, y además él preguntó por usted.»

«¿Por mí? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?»

En cuanto Di Nolfo pronunció su nombre, entendí que mi sexto sentido se había quedado corto: ésa, para mi, era la gran trampa del siglo, el non plus ultra de los problemas. Todo cuadraba ahora.

«Voy», dije, y colgué.

Me puse el abrigo, me disculpé, deseé a todos un feliz año nuevo, besé Clelia en los cachetes con una sonrisa resignada y salí. Cuando cerré el portón, me atropelló el silencio: un silencio malvado, rencoroso, roto sólo de vez en cuando por lejanas explosiones, como en una ciudad en guerra. En la calle no había nadie y el aire sabía a hielo. Me pareció que encima de los edificios podían estar escondidos francotiradores. Pero, también eso era una falsa alarma.

* * *

Todavía faltaban más de veinte minutos para la medianoche. Mientras ojeaba el acta que Di Nolfo me había pasado, en el otro cuarto, sentado con aire molesto en la silla frente a mi escritorio, estaba Angelo.

«Feliz año», dije entrando en el cubículo.

«Pero tú eres Alberto, Alberto Malinconico...», exclamó volteándose.

«Así es. Y tú Angelo Malecore.»

Menos mal, me había reconocido de inmediato. Quería decir que, a pesar de unas arrugas más y el cabello precozmente canoso, los diez años que habían pasado desde que nos habíamos perdido de vista no habían causado una verdadera masacre. Lo vi casi sonriente debajo de la barba larga, un brillo de esperanza le cruzó los ojos.

«Qué suerte encontrarte justo a ti...», suspiró.

Asentí. Afuera, un ligero viento de mar mantenía limpio el cielo y dejaba ver la geometría de las estrellas, ofuscada sólo por la luz difusa de la ciudad. Aquella brisa barrería el humo, dejando espacio al espectáculo de los fuegos artificiales, listo para empezar en un ratito. Lástima que nosotros no lo íbamos a disfrutar. Me senté a un lado de él, encaramado en el escritorio. Prendí un cigarro, el enésimo; ya había perdido la cuenta.

«Una suerte», repetí, juntando las manos con un choque seco.

«Con todo lo que hemos pasado juntos...», siguió Angelo.

Sonreí. Me levanté, hice algunos pasos por la oficina, sonreí otra vez.

«¿Te acuerdas de los conciertos?», le pregunté de un jalón, como llevado por el viento de la memoria. «Santana, Jethro Tull, Emerson Lake and Palmer, Genesis, Gentle Giant, Van der Graaf... no nos perdíamos ni uno...»

«Buenísimos», dijo Angelo con los ojos iluminados. «¿Y los días pasados en la sede del Partido haciendo reunión tras reunión? Tres, cuatro al día, como si el mundo no esperara otra cosa que nuestras decisiones... Piénsalo, cuánto tiempo perdido, ¿verdad? Pero era bonito...»

«Sí, tienes razón, bonito... Y un poco todavía lo extraño...»

«Ah, menos mal», suspiró Angelo. «Veo que, en el fondo, no has cambiado mucho.»

«No, no mucho. Nomás que si lo pienso ahora, en aquellos años, entiendo que a veces éramos realmente estúpidos. ¿Te acuerdas cuando nos hicieron un juicio político porque habíamos estado en Londres de vacaciones por más de un mes «abandonando la lucha de clase y las masas populares»?»

Se rió, Angelo. Y me reí yo también, de corazón. El vino seguía haciéndome un efecto raro. No estaba acostumbrado. Me acerqué lentamente a la ventana. Nápoles parecía una ciudad deshabitada pero a punto de ser invadida por un ejército al acecho en las casas.

«¿Y Alice?», preguntó Angelo.

Sabía que tarde o temprano la nombraría. No se ama entre dos a la misma mujer, especialmente si se tie-

nen más o menos veinte años, para luego olvidarse de ella como muchas otras.

«Casada con un médico, dos hijas, vive en Módena», dije distraídamente, como si ya no tuviera importancia.

«¿Todavía te duele, verdad?»

Lo preguntó bien, sin malevolencia. En el fondo, ni él ni yo habíamos sabido merecerla.

«Un poco, sí, de vez en cuando», confesé.

Me volví otra vez hacia la ventana y me apoyé al vidrio con la frente. Faltaba poco. Angelo aprovechó el hecho que yo estuviera de espaldas, que ninguno de los dos viera la cara del otro.

«¿Entonces?», dijo «¿Crees que voy a poder librarla? ¿Qué es lo que hice, en el fondo? Documentos falsos, un poco de mota para uso personal...»

«Claro...», dije, dándome la vuelta, «cosas de nada. Claro, tendré que barajar un poco las cartas, poner alguna palanca para ayudarte un poco, echarte la mano...»

«¿Me la echarás, verdad? Eres un chingón. Por esto nunca entendí por qué al final te volviste un tira.»

Ya, era el momento. Una ráfaga de morteros, continua, insistente, hizo temblar los vidrios de la oficina. Arroyos de luces rojas, moradas, amarillas, blancas irrumpieron parpadeando por la ventana. Medianoche. El año nuevo empezaba bien...

«Ni yo me lo hubiera imaginado», dije en voz alta, para cubrir el ruido de los petardos, prendiendo

otro cigarro. «Intenté el concurso para vice-comisario como había participado en muchos, justo para estar en paz con mi conciencia, esperando, al contrario, perderlo para poder quejarme de qué tan desafortunado estaba. Pero luego lo gané, y ahora aquí estoy.»

«¿Ves?», insinuó Angelo. «Yo lo decía que tú, de policía, no tienes nada.»

«Al contrario.» La voz, ahora, había salido helada, segura, mientras miraba fuera de la ventana el cerro de Posillipo, envuelto en las llamas, el Maschio Angioino a mi derecha que parecía un castillo asaltado en el estruendo de la batalla. «Llegué a serlo después», le expliqué, volviéndome otra vez hacia él. «En el 81, un terrorista le disparó a un profesor de economía en Roma, en la calle Serpieri. Mi tío Nino pasaba por ahí de casualidad y se quedó ahí. Dos balas perdidas: una en la pierna y la otra le destrozó el cerebro. Uno de los pocos atentados que nunca se han resuelto. Nadie sabía nada, las investigaciones llegaron pronto a un callejón sin salida. Desde entonces se la prometí a aquel hijo de la chingada. Verás que antes o después lo encontraré, y entonces, tal vez, cambio trabajo.»

Angelo palideció mientras yo hablaba. Habrá sido por cómo lo miraba, por el tono de hielo de mi voz, o porque ahora recordaba aquel día en Roma, que a lo mejor había borrado de su mente... Yo, al contrario, había razonado en ello durante años, durante años había tenido sospechas, mirando y remirando el retrato hablado, atraído por particulares que a otros se le habrían escapado, y ahora lo tenía enfrente: Angelo

Malecore, mi mejor amigo de los veinte años. Hacia 1977, cuando yo ya me había mudado a Nápoles, se había ido del pueblo, había entrado en un grupo armado y ya no había sabido nada de él, excepto que, casi de milagro, nunca había sido implicado en ninguna investigación. En fin, la había librado sin un rasguño. Las mías eran puras sospechas, es verdad, pero lo conocía demasiado bien. Y aquella palidez que se le imprimió en la cara, aquel relámpago de terror que le apareció en los ojos, me fueron suficientes. Lo interrogaría en la mañana, con calma. Me fui hacia la puerta, la abrí y llamé al centinela.

«Lléveselo, Di Nolfo», ordené. «Ahora preparo una petición de arresto por asociación subversiva y doble homicidio, luego usted la va a transmitir al juez.» Angelo se dejó guiar con la cabeza baja fuera de la oficina. Regresó un momento para asomarse y dijo: «Lo siento». Yo también lo sentía, en el fondo. Prendí otro cigarro y miré la calle. Rápidos como los relámpagos de luz que cruzaban la ciudad, pasaron por mi mente Alice, la tía Nunzia, Clelia. Y luego muchos años en un momento, como si el pasado se hubiese materializado todo en frente de mí. Afuera, detrás del vidrio de la ventana, la guerra no daba señales de querer terminar

[1] Malinconico en italiano significa melancólico. Vale notar este juego de palabras respecto al nombre del personaje y su actitud ante la vida (nota del traductor).

[2] Totò, nombre artístico del príncipe Antonio de Curtis, fue un actor cómico napolitano de los años 40, 50 y 60, muy conocido en el cine y en la cultura popular italiana.

Bruno Arpaia

Nació en Ottaviano (Nápoles) en 1957. Escritor, periodista y traductor experto en literatura española y latinoamericana. Licenciado en Ciencias Políticas en la Universidad de Nápoles, se especializó en Historia americana. Comenzó su carrera como periodista en *Il Mattino* de Nápoles. Su primera novela se remonta a 1990, *I forestieri* con la que ganó el “Premio Bagutta-Opera prima” en 1991. Mientras tanto siguió trabajando como periodista para *La Repubblica* y a partir de 1998 dejó la redacción del periódico para dedicarse a la escritura y al periodismo *freelance*.

En 1994 publicó la novela *Il futuro in punta di piedi*, en 1997 *Tiempo perdido*, novela ambientada durante la Revolución de Asturias de 1934. A continuación publicó *La última frontera*, novela ganadora del “Premio Selezione Campiello 2001”. En 2003 publicó *Narrar es resistir*, una larga conversación con el escritor chileno Luis Sepúlveda; en 2006, la novela *Il passato davanti a noi*, con la que el autor ganó el “Premio Napoli” y el premio Comisso. En 2007 vio la luz el ensayo *Per una sinistrareazionaria* y en 2011 la novela *L'energia del vuoto*, finalista al Premio Strega y ganadora del Premio Merck Serono.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México
en el mes de octubre, en el marco de la
Feria Internacional del Libro en el Zócalo.

Queda prohibida su venta.
Distribución gratuita.

Todos los derechos reservados.
Octubre 2015